

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



Año XXVII - Núm. 476
BARCELONA
OCTUBRE 1970

Depósito legal: B. 15860 - 1958

Director: Fernando Serrano Misas

Administración:

Princesa, 21-(3) - Teléfono 221 27 75



SANTA TERESA DE JESUS DOCTORA DE LA IGLESIA

DE LA
PASTORAL
DEL
ARZOBISPO
DE
BARCELONA

Ignoramos los términos exactos en que el Papa hará la declaración de Doctoras tanto de Santa Teresa de Ávila como de Santa Catalina de Siena. Ateniéndonos al concepto general a que responde este título, Doctores de la Iglesia son aquellos teólogos o escritores eclesiásticos que dan testimonio de la tradición, y en ellos concurren estas cuatro notas: ortodoxia de doctrina, santidad de vida, sabiduría extraordinaria y eminente, explícito reconocimiento por parte de la Iglesia. Se diferencian de los llamados Padres de la Iglesia en que: 1.º no es necesario que hayan vivido en la antigüedad; 2.º su doctrina ha de ser realmente extraordinaria para que puedan merecer el elogio litúrgico de la Iglesia; y 3.º el título de tales ha de serles conferido expresamente (en la actualidad lo hace el Papa en un acto especialmente solemne).*

Ninguna mujer había sido favorecida hasta hoy con este título. Ahora se incorporan los nombres gloriosos de estas dos, cuya justa celebridad particularmente en Santa Teresa ha sido siempre superada por algo más cálido y más vivo que la fama: el amor que las diversas generaciones de la Iglesia les han profesado. El tardío reconocimiento de sus mérito, tardío en cuanto a la solemnidad de su proclamación únicamente, se ha visto compensado siempre por una admiración sin límites a sus escritos y una fervorosa devoción del pueblo cristiano.

Por lo que se refiere a Santa Teresa, la espontaneidad de los fieles y la ciencia religiosa de los hombres cultos (muchos teólogos de diversos países) han venido llamándola Doctora, y Doctora Mística, aunque el título no estuviese sancionado por la suprema autoridad de la Iglesia. Su servicio, no sólo a la piedad, sino a la auténtica cultura religiosa católica, en su más alta expresión, ha sido extraordinario. Ávila, la silenciosa ciudad castellana, es conocida en el mundo entero por el nombre de la Santa que allí nació.

* CATÁLOGO DE DOCTORES DE LA IGLESIA. — S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Nacianzeno, S. Juan Crisóstomo (los cuatro grandes Doctores de Oriente), S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín, S. Gregorio Magno (los cuatro grandes Doctores de Occidente), S. Efrén, S. Hilario de Poitiers, S. Gregorio Niseno, S. Cirilo de Jerusalén, S. Cirilo de Alejandría, S. Pedro Crisólogo, S. León Magno, S. Juan Damasceno, S. Isidoro de Sevilla, S. Beda el Venerable, S. Pedro Damián, S. Anselmo de Aosta, S. Bernardo, S. Antonio de Padua, S. Buenaventura, Sto. Tomás de Aquino, S. Alberto Magno, S. Juan de la Cruz, S. Pedro Canisio, S. Roberto Belarmino, S. Francisco de Sales, San Alfonso M. de Ligorio y S. Lorenzo de Brindis.

SANTA TERESA Y SU OBRA

La vida de Santa Teresa es una suma de contemplación y acción difícilmente superable. Mucho más, si se tiene en cuenta el ambiente de la época en que vivió y su condición de mujer, circunstancias que en nada favorecían el logro de su empeño. Ella es la que realiza la Reforma carmelitana, empresa sumamente difícil, ya que siempre es más costoso reformar que crear.

Dios la eligió, sin duda, pero ella ofreció siempre el riquísimo caudal de sus condiciones excepcionales humanas y religiosas. No es posible hacer una síntesis abreviada de las dotes de que estuvo adornada. Para conocerlas, hay que estudiar con detalle su vida entera. El hecho es que cuando murió en octubre de 1582, a los 67 años de su vida (había nacido en 1515), dejó fundados diecisiete conventos reformados de mujeres y catorce de hombres, siendo así que comenzó su trabajo cuando ya tenía 52 años. En sólo 15 realizó aquella portentosa obra, en medio de enfermedades y achaques continuos, y teniendo que vencer a cada paso dificultades y contradicciones de toda índole que hubieran asustado al más animoso carácter.

Lo hizo llevada de una determinación y un deseo ardiente de perfección evangélica, de hondo amor a Dios, de servicio a la Iglesia. El drama de la Europa desgarrada por el protestantismo, y las noticias que hasta ella llegaron de los sufrimientos del Cuerpo Místico de Cristo, escarnecido y lacerado, así como la necesidad de predicadores de la fe en la América recién descubierta, provocaron en su alma una reacción muy viva. En el Convento de la Encarnación, donde había entrado como Religiosa Carmelita en 1535, su vida de oración extraordinaria y las luces que recibió de los que sabía y prudentemente la dirigieron, fueron disponiéndola a tomar una determinación: la de trabajar por una reforma de la Orden tendente a restaurar el fervor primitivo del Carmelo, fundando conventos pobrísimos, con pocas monjas, clausura rigurosa, y observancia estricta de todas las virtudes propias de las almas consagradas a Dios, sin otro norte y guía que la gloria de su Divina Majestad y la salvación de las almas.

(...)

“Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo o fuera algo, llorava con el Señor y le suplicava remediase tanto mal. Paréceme

que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder; y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada yo en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo, y que siendo tales cuales yo las pintava en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas y podría yo contentar al Señor en algo para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le train a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no huviese adonde reclinar la cabeza.

3. *¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos?; ¡siempre ha de ser de ellos los que más os fatiguen! A los que mejores obras hacéis, los que más os deven, a los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos, no están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos.*

4. *Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora; pues a Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros?, ¿por ventura merecemos minor nos tengan ley?, ¿por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad los cristianos?, ¿qué es esto?, ¿qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial?; que ya aquéllos son del demonio. ¡Buen castigo han ganado por sus manos y bien han grangeado con sus deleites fuego eterno! ¡Allá se lo hayan!, aunque no se me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden; mas, del mal no tanto, querría no ver perder más cada día.*

5. *¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudádmeme a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros*

deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar, hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos por dineros, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Ellos buena intención tienen, y allá lo encomiendo a Dios por decir verdad, mas tengo yo para mí que nunca me oye. Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar el tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto que, si no es por corresponder a la flaqueza humana que se consuelan en que las ayuden en todo, que holgaría se entendiese que no son éstas las cosas que han de suplicar a Dios en San Josef.” (“Camino de Perfección”, Cap. I, núms. 2-5. Obras Completas de Santa Teresa, Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, BAC, 1962, págs. 185 ss.).

Esta página conmovedora, tantas veces citada y meditada, revela por sí misma las motivaciones internas de su decisión. Está escrita hacia 1565 o 1566, cuando se ha clausurado ya definitivamente el Concilio de Trento y ha empezado la Reforma de la Iglesia. El único sonido que arrancan al limpio metal de su alma los acontecimientos de la época, tan densa y dramática, es éste: reforma interior, fidelidad al Evangelio, perfección monástica, servicio a la Iglesia, salvación de las almas.

A) LA FE

Es la suya una fe limpia y robusta, hecha no de conceptos abstractos y referencias a unos principios aceptados y decorosamente mantenidos, como sucede en la inmensa mayoría de los cristianos, sino concreta, viva y operante. Los dogmas que la Iglesia profesa los acepta y los hace personalmente suyos; se fía de Dios sin titubeos ni vacilaciones; hace de Él el objeto único de su amistad, ella que tuvo siempre tantos amigos; encuentra en la vida de Cristo su camino verdadero; reza y se mortifica porque cree; trasladada al terreno de su existencia diaria, hora tras hora, los estímulos y el contenido de su fe, y deja en el asombrado lector de sus escritos o analista de su vida una impresión de pasmo al contemplar cómo aquella mujer maneja ideas teológicas sobre la vida trinitaria

de Dios, o incorpora a sí misma el contenido de la oración del “Paternoster”, o traduce en la práctica las invitaciones de Cristo en el Evangelio a los que quieren ser sus discípulos.

La fe de Santa Teresa es a la vez ortodoxia pura en la afirmación, adhesión firmísima de sus potencias, ternura y devoción en su piedad, asimilación en sus reflexiones silenciosas, exposición clara hasta lo inverosímil de lo que sucede en la scumbres más altas de esa fe, las de la unión mística. El teólogo estudia y explica el contenido de la fe; el misionero la predica y la propaga; el místico la vive en su más radical exigencia. Santa Teresa lo hace todo a la vez.

“Latina y castellana hasta lo íntimo de su ser, tenía una sensibilidad totalmente católica. Todo le agrada en la Iglesia. Ella, que goza casi a la continua de la visión intelectual de la Trinidad beatísima, tiene verdadera veneración por el agua bendita. Su incomparable libertad de espíritu se estrecha con la vida austerísima que en el Carmelo reformado se lleva. La más insignificante de las verdades católicas vale para ella más que la propia vida y renunciaría a todas las gracias tan sorprendentes que recibe si contradijeran a la más mínima letra de la Escritura Sagrada. “*Las herejías — decía — me apenan con frecuencia y cuando en ellas pienso, me parece que son la única desgracia digna de llorarse.*” “*¡En fin, Señor — decía contenta en su lecho de muerte —, muero hija de la Iglesia!*” Tal vez en toda la historia de la Iglesia no se recuerde, después de San Ireneo, figura de más perfecto catolicismo que la de Teresa de Jesús. Lea sus obras quien quiera conocer el espíritu verdadero del catolicismo, pero aún puede hacer otra cosa mejor, ya que su familia no ha desaparecido, una conversación ante las rejas del Monasterio del Carmelo enseña, mejor que muchos libros alemanes, cuál es la *esencia del cristianismo.*” (JOSÉ HUBY, “Christus”. Ed. Angelus. Buenos Aires, 1952.)

B) AMOR A DIOS

Ya se comprende que una fe, vivida así, lleva inevitablemente al amor. Lleva a él y por él es alimentada sin cesar. Este es el caso de Santa Teresa. La pluma no encuentra palabras fácilmente para expresar las calidades tan altas que alcanzó en el alma de Santa Teresa el puro amor de Dios. Sentimos el peso de nuestra miseria y pequeñez frente a la grandeza de su espíritu enamorado de Dios, y un hondo respeto

religioso se apodera de nosotros, tan débiles entre nuestras propias sombras y claudicaciones, al contemplar la luminosidad radiante del amor divino que en la Santa de Ávila fue vida de su vida.

Y una vez más se impone la observación, absolutamente justificada y tranquilizadora para el que examina este hecho con actitud crítica propicia a la desconfianza: el amor de Dios, en Santa Teresa, parte de bases muy reales, y se desarrolla lentamente, con la calma y la fuerza a la vez de los grandes procesos de la naturaleza. No temáis. Aunque los conceptos que expresa y el lenguaje utilizado adquieran el más subido tono de las elevaciones místicas, generalmente extrañas a nuestra condición torpe, Santa Teresa va labrando su corona de amor con joyas muy sólidas. Ama al Dios de su fe católica, y a Jesucristo su Hijo benditísimo; ama el valor de las almas redimidas al precio de su sangre, la hermosura de la gracia santificante, la inhabitación del Espíritu Santo en el corazón de los que creen; ama los sacramentos y los misterios revelados; ama en una palabra el plan divino de la creación y la redención del hombre por Cristo, que ya en este mundo, merced a la acción del Espíritu Santo, anticipa en el interior de las almas algo de las secretas alegrías del cielo.

Vivió el amor de Dios ya desde niña y en plena juventud y en sus primeros años de vida religiosa. Gradualmente hízose ese amor cada vez más acendrado y más puro, hasta que, maduras ya su existencia y su personalidad femenina, tan ricamente dotada, fiel siempre a las operaciones de la gracia, orientó todas sus facultades y potencias hacia la verdad de Dios, la hermosura de Dios, la paz y la felicidad de Dios, el secreto de Dios. Pero ni un paso falso, ni una concesión, por leve que fuese, a contentamientos, puramente sentimentales y pseudomísticos. Su amor es operativo y sereno, afanoso y buscador de más finas fidelidades, siempre guiado por el pensamiento y la meditación, y orientado hacia las zonas tranquilas de la voluntad templada que opera libremente, responsablemente, queriendo dar más a quien tanto ha dado a ella, procurando servir a Su Majestad, a la Iglesia, a los defensores de ella, a sus hijas del Carmen, a la sociedad cristiana española, todo lo cual lo ve en el marco de la grandeza de Dios y de su obra.

Su lenguaje es el de la mística, pero en él no hay melindres ni dulzonas evasiones; naturalidad y valentía en las imágenes y metáforas, hay vigor y espontaneidad, colorido y vibración. A medida que asciende, sin perder nunca de vista el punto de origen de su realismo sereno, su alma es como un fuego que ha de atravesar las capas de la atmósfera y va hacién-

dose cada vez más delgado y sutil. Pero es el mismo fuego que nace y tiene su hoguera en el plano humilde y real de su fe y su fidelidad a la santa voluntad de Dios, que empieza a manifestarse con los mandamientos de su ley, y se abre progresivamente en invitaciones cada vez más apremiantes a conocer y gozar de su intimidad, ya en este mundo.

C) LA ORACIÓN

Y llegamos a lo más característico en la vida de Santa Teresa: su oración. La fe y el amor que nutrieron su vida espiritual no habrían alcanzado en ella un tal grado de expresión sin la oración, que fue como la respiración de su alma. Este es su honor y su grandeza de luchadora de la vida interior, si vale hablar así. Gracias a ella, aunque no a ella sola ciertamente, nos es dado comprobar hasta dónde un discípulo de Cristo puede ser fiel a su Maestro en el ejemplo de oración que Él nos dio y en su apremiante llamada a mantener la comunicación con el Padre. Los capítulos 14 al 17 del Evangelio de San Juan no son inteligibles si no es partiendo de la realidad que allí aparece proclamada, y, mejor aún, supuesta, vivida, señalada para siempre como algo sublime a lo que hay que aspirar, la unión con Jesucristo, con el Padre, con el Espíritu Santo. Unión por la voluntad, por el pensamiento, por el amor, por la cruz, por todo lo que en el cristiano es vida, libertad y posibilidad de destino eterno. Esa unión es la oración en todo su despliegue vital. Y así vivió la oración Santa Teresa.

Siempre me ha parecido mezquino y pobre el intento de presentar a Santa Teresa como maestra de un método de oración determinado, como si se tratara de meter la tela de un cuadro dentro de un marco y dejarla allí bien claveteada y fija. Hay algo más que un método en Santa Teresa. Hay toda una vida que asciende y crece en unión con Dios, en una labor de finísima continuidad y de dulce y terrible esfuerzo. Dulce y terrible a la vez. Cuanto más busca, más halla. ¡Qué gozo en lo que halla! ¡Pero qué sobrecolector desasimiento cuando busca! Ella ora para conocer mejor a Dios; para amarle más, para darse sin cesar, para obrar y actuar. Ella une la contemplación y la acción. ¡Pero qué acción tan limpia y tan pura, tan desvelada y exigente a la vez, para con su persona y su carácter! ¿Cómo es posible que hiciera lo que hizo, si no hubiera sido por esa oración a la que llegó y en la que se mantuvo siempre, sin querer otra cosa en todo y por todo que cumplir la voluntad de Dios?

Santa Teresa creyó de verdad en la oración. La

entendió como necesidad de su alma, como obsequio al Dios a quien amaba, como fuerza para purificar sus intenciones y propósitos, como remedio y consuelo en su soledad y su pobreza, como fuente de alegría en sus sufrimientos. Y mucho más aún, como plenitud de verdad en cuanto se puede alcanzar en este mundo. El lenguaje que emplea en las Moradas, en el Libro de los Cantares, en sus cuentas de conciencia, es lo de menos. Lo importante y lo serio es ver con qué extremo de sinceridad y de verdad ha llegado a entender y vivir que sólo hay dos realidades: el Creador y lo creado, y que todo lo creado es pobre y miserable en comparación con el Señor, que todo debe dejarse a un lado por tratar con Él, porque no puede haber duda en la elección. Oración es el camino para llegar, y por eso escribirá aquellas impresionantes palabras a sus hijas exhortándolas a tomar

“una grande y muy terminada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniera, suceda lo que sucediere, travaje lo que se travajare, mormure quien mormurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino uno tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decir: «hay peligros», «hulana por aquí se perdió», «el otro se engañó», «el otro que rezaba cayó», «dañan la virtud», «no es para mujeres, que les vienen ilusiones», «mijor será que hilen», «no han menester esas delicadeces», «basta el Paternóster y Avemaría.» (Efrén-Otger, o. c. Capítulo 35, núm. 2; págs. 248 ss.).

Y nada debe Santa Teresa al movimiento llamado “Renacimiento”, y nada debe a la llamada “Reforma”. Si uno quiere comprenderlo, hay que ver en ella un fruto directo de la práctica de la oración, tal como la edad media agonizante la había descubierto, analizado, sistematizado, erigido en doctrina y en método de reforma personal y de santificación. Su vida entera no fue más que un desarrollo del espíritu de oración, y un ejemplo de encadenamiento de las gracias que Dios prepara y cuida para las almas de fe y de amor decididas a dejarse conducir por Él según su beneplácito.

Los acontecimientos principales de su vida son los pasos de su alma de un estado de oración a otro estado superior. Su genio literario penetra, comprende, fija, describe psicológicamente por primera vez, los estados místicos extraordinarios engendrados en ella misma por el ejercicio de la oración, bajo el influjo de la gracia divina. Ella fue la exploradora maravillosa de un mundo casi desconocido antes de su

tiempo. Ella pudo muy bien decir: “Recibir de Dios es una primera gracia; saber en qué consiste es una segunda; y es una tercera, poder darse cuenta de ella y explicarla”. Ahora bien, Teresa tuvo en grado excelente estas tres bendiciones divinas: recibir, comprender y explicar. Su vida y sus obras resumen y coronan admirablemente la historia de la España mística, reformadora y misionera, en tiempos del Concilio de Trento. (L. Cristiani: “*L’Eglise à l’époque du Concile de Trente*”, vol. 17 de la “*Histoire de l’Eglise*” [Fliche-Martin], pp. 453-454.)

D) DESEO DE HACER BIEN

Vivísimo, acuciante, generoso deseo de hacer el bien, de servir, de ayudar a las almas, de contribuir a la renovación de la Iglesia, buscando una mayor perfección en la vida religiosa, e indirectamente en la vida católica de la sociedad española.

“Recorrería cuantas veces fuese necesario, en carro, a pie, en jamuga, los polvorientos caminos de Castilla en el verano, enfangados de barro y nieve en el invierno, y se abrasaría en julio bajo los soles andaluces para ganar almas vírgenes y doncellas virtuosas con que llenar sus atalayas.” (Cfr. “*Estudios Teresianos*”. ENRIQUE JORGE PARDO, S. I., 1964.)

Sin duda es este aspecto el que puede presentarse en la vida de Santa Teresa como respuesta que ella da a la llamada del Concilio de Trento. El eco que iba llegando del movimiento protestante; el trato frecuente con Obispos, teólogos y Superiores Religiosos; y la propia palpitación político-religiosa de la España de Felipe II facilitaron lo que por sí misma se sentía inclinada a hacer: ayudar al perfeccionamiento de la vida cristiana en los demás.

La que estaba tan hecha para amar encontró, dichosamente para ella y para los demás, los caminos por donde el amor podía volcarse sin riesgo de verse empañado: los de la defensa, propagación y purificación de la fe y la virtud sacrificándose por todos. Las obras de Santa Teresa están literalmente sembradas de exclamaciones y conceptos, de anhelos y casi gritos, llenos, eso sí, de serenidad y equilibrio, por los que se escapa su inmenso afán de hacer el bien al prójimo. ¡Con qué claridad se ve en Santa Teresa la unión íntima que existe entre vida interior y apostolado! y ¡qué fecundidad tan prodigiosa la suya en la vida de la Iglesia de su tiempo y del nuestro! Millones de almas de todos los pueblos y de todas las lenguas se han hecho mejores, y al mejorar ellas han hecho mejor al mundo, influidas por la lectura de las obras

y el conocimiento de la vida de Santa Teresa de Ávila. Magnífico premio para aquella "intrépida hija del deseo", como la llamó el poeta protestante inglés Ricardo Crashan, convertido al catolicismo al leer sus libros.

He aquí, entre mil, un párrafo de sus escritos, no de los más conocidos en que se oye vibrar el puro y ardiente amor a las almas que Santa Teresa sentía:

"¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Éste no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee; el de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se tiemplan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh, bien mío!, que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos y de los que para siempre los han de perder; y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar.

Mas, Padre celestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh, Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente; porque, aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán." (Exclamaciones, n.º 2. EFRÉN-OTGEfi, o. c.; p. 469.)

(...)

Creo que el gran equilibrio de Santa Teresa de Jesús vino de que supo vivir intensamente su vida de mujer y canalizar al servicio de Dios todas las fuerzas que latían dentro de su rica personalidad sin destruir ninguna, más que lo que pudiera haber de inclinación al pecado. Siendo un ejemplo espléndido de humanidad, llega a ser ejemplo no menos alto de elevación sobre todo lo humano y de entrega total a su Señor. Ella consagró a Dios su ser de mujer concreto y real, con su nombre y apellidos, con sus cuali-

dades y limitaciones. Fue natural hasta para vivir la sobrenaturalidad de la ascensión a que Dios la fue llevando. "Sírivate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres" (Exclamaciones, XVII, 6). "Quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida" (Camino, XII, 2). Así, con estas o con otras palabras, constantemente. ¡Cuánta sinceridad en el amor!

Otro aspecto. Al observar en Santa Teresa la armonía que se dio entre vida activa y contemplativa, se comprende también otro dato importante de lo que es la consagración a Dios. No puede entenderse ni juzgarse ésta con las categorías de lo que corrientemente entendemos por útil y práctico o beneficioso. En Santa Teresa, todo es igualmente grande, y todo se influye mutuamente, sus horas de oración y sus trabajos de fudadora, porque todo va dirigido y regulado por la misma fuerza interior: su amor a Dios.

No es más útil para la Iglesia y para el mundo una Religiosa que cuida enfermos que la que pasa su vida en el silencio de una Cartuja. Desde el punto de vista cristiano de la vida tan útil es a la humanidad un hombre enfermo que en su sufrimiento ama, sabe sonreír sin amargura, suaviza a los demás incluso el dolor de su propio dolor, se siente querido por Dios y ofrece el testimonio de su fe y su esperanza, como el líder cristiano más fuerte, activo y luchador. Líder que evidentemente habría de tener la misma actitud de espíritu, ya que en caso contrario la comparación sería imposible porque faltaba lo esencial: el amor a Dios. En la consagración es el amor a Jesucristo lo que impulsa y marca, y lleva a vivir y morir por todos, si es preciso, en la cruz de cada día. "Un precioso amor — exclama la Santa — que va imitando al Capitán del amor, Jesús nuestro bien" (Camino, 6, 9). "Por este camino de Cristo han de ir los que le siguen" (Vida, 11, 5). "Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras" (Camino, 32, 10).

Finalmente, la consagración a Dios es una manifestación de esta vida de cómo hemos de amar en el cielo, "adonde ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres maridos". Va consustancialmente unida al misterio mismo de la vida cristiana de la que es su manifestación más perfecta. Como ella tiene dos dimensiones fundamentales: desprendimiento y entrega, conforme a las palabras del Señor: "el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Como un eco dulce de esta sentencia evangélica, Santa Teresa nos dirá: "Vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección" (Camino, VIII, 1). "Ha-

cer su voluntad conforme con la de Dios, en esto consiste la mayor perfección" (Moradas, 2.^a, 1, 8). Desprenderse para estar disponible a la acción del Espíritu Santo en servicio de la Iglesia, a través de la cual

Cristo quiere darnos la redención y salvación que nos mereció, porque "se comienza a tener vida cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia" (Moradas, II, 3).

SANTA TERESA Y SU OBRA EN CATALUÑA

Paso ahora a referirme, y lo hago con particular satisfacción, a la influencia de Santa Teresa y su obra en Cataluña. Influencia que fue posible gracias particularmente a un catalán insigne, el cual ayudó muy eficazmente a la Santa. En el capítulo XXIII del libro de las Fundaciones, dice ella:

"En este tiempo entróse un gran amigo suyo — del P. Gracián — por fraile de nuestra Orden en el Monasterio de Pastrana, llamado Fr. Juan de Jesús, también Maestro."

Era el después célebre P. Roca, natural de Sanahuja (Lérida), nacido en 1540. Graduado de Doctor en la Universidad de Barcelona y ordenado Sacerdote, llegó a explicar un curso de Filosofía "con aplauso de grande ingenio". Pasó más tarde a la Universidad de Alcalá de Henares para completar su formación, en donde hizo amistad con el futuro P. Gracián, tan vinculado a Santa Teresa. Y deseoso de mayor perfección y atraído por la fama de virtud extraordinaria que gozaba el Convento de Carmelitas Descalzos de Pastrana, fundado por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, tomó allí el hábito en enero de 1572. La naciente rama de los Descalzos recibió aquel día una ayuda providencial.

"Hombre tan completo, de tanta virtud y letras — escribe el P. Silverio de Santa Teresa — cuando aún había tan pocos en la Descalcez, que entonces comenzaba, necesariamente tenía que atraerse la estima de la Santa, que ya había puesto los ojos en él para importantes cargos de la naciente Reforma. Es fama que cuando la Santa supo su entrada en Pastrana y las buenas partes que le adornaban, exclamó: ¡Ya tengo hombre en mi Religión!" (P. SILVERIO DE SANTA TERESA, C. D., *Influencia del Espíritu de Sta. Teresa en Cataluña*. Burgos, 1931, p. 16.)

Tuvo mucha relación con la Santa, de palabra y por escrito, y en una ocasión se le queja ésta graciosamente: "Yo pensé Vuestra Reverencia tornara por aquí; poco rodeo se le quitó. No debe ser mucho el deseo de hacerme merced, que cuando aquí estuvo Vuestra Reverencia púdele hablar muy poco". (Carta CXVI.)

Dos grandes servicios, uno de ellos de carácter

definitivo, prestó el P. Roca a la Reforma: el de ser celador de los Conventos que se iban fundando para asegurar la observancia, y sobre todo su gestión con el Nuncio Mons. Felipe Segá, defendiendo la Obra de la Reforma, y las que hizo en Roma hasta conseguir en 1580 el Breve de separación de Carmelitas Calzados y Descalzos. Mucho le quiso y le agradeció Santa Teresa todos sus trabajos.

"La última vez que se vieron los dos, presintiendo la Santa su muerte próxima, dio al P. Roca una prueba de cariño que no hemos visto referida en ninguna parte. Queriéndole dejar un recuerdo, como testimonio perenne del amor que le tenía y del agradecimiento a sus servicios por la Reforma, le dio "el báculo que llevaba en la mano" y que, como es sabido, necesitó en los últimos años de su vida." (P. SILVERIO DE SANTA TERESA, ob. cit., p. 33.)

Muerta la Santa, fue el P. Roca quien introdujo la Descalcez en Cataluña. La primera fundación fue el Convento de Carmelitas en 1586, en la Rambla de Barcelona, donde está hoy el mercado de San José. Siguió la de Mataró, de Frailes también, en 1588. Y en este mismo año la de las Monjas Carmelitas de Barcelona, a la que vino como fundadora y superiora la H. Catalina de Cristo, antigua Priora de Soria, cuyo elogio hizo la Santa tratando de disipar los temores del P. Gracián.

"Calle, mi Padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios y es muy gran santa y tiene un espíritu muy alto y no ha menester saber más para gobierno. Ella será tan buena Priora como cuántas hay." Y así salió, añade el P. Gracián. (P. SILVERIO, ob. cit., p. 53.)

La influencia religiosa y pastoral de los Carmelitas en Cataluña fue siempre muy notable. Los diversos conventos de frailes y monjas contribuyeron hondamente al florecimiento de la piedad y a la defensa de las costumbres cristianas. En particular la devoción a San José, tan arraigada en la tierra catalana, es fruto directo de su labor, y Provincia de San José se llamó la de Cataluña, una vez erigida, y a San José fue dedicado el Templo de ese primer Convento a que nos hemos referido, contruido con piedra de sille-

ría procedente del Palacio de los antiguos Condes de Barcelona. Llegó a ser un auténtico foco de cultura religiosa y morada de hombres de ciencia teológica.

“Todavía se recuerda con admiración por los amantes de las glorias barcelonesas la magnífica Biblioteca de Descalzos, rica en volúmenes y admirable en organización, que ponían al servicio del público en tiempos en que apenas estaba en uso esta práctica tan útil a la cultura” (P. SILVERIO DE SANTA TERESA, ob. cit., p. 41.)

Distinguiéronse los Carmelitas por su heroica caridad cuando la peste asoló la población de Barcelona en 1589 y diez años más tarde en la villa de Bellpuig (Lérida), cabeza de la Baronía del Duque de Sessa. Varios de ellos murieron víctimas del contagio, y en el pueblo sencillo quedó grabado para siempre el ejemplo de abnegación y amor que los religiosos supieron dar.

Las fundaciones se sucedieron con el tiempo y llegó a haber en Cataluña 13 Conventos de frailes y seis de monjas, siempre con abundantes vocaciones. Hoy son 16 Monasterios de Monjas Carmelitas, cuatro de ellos en la Diócesis de Barcelona, y seis Conventos de Frailes.

OTRA INSTITUCIONES

Prueba admirable de la fecundidad del árbol teresiano en Cataluña son las instituciones que surgieron más tarde, nacidas de su raíz y alimentadas con su savia. Entre ellas, hemos de citar a las Carmelitas Misioneras Descalzas, las Carmelitas Descalzas Misioneras y los Hermanos Terciarios Carmelitas (hoy extinguidos). Las tres Congregaciones han tenido como fundador al célebre P. Palau, Carmelita Descalzo, natural de Aitona (Lérida).

También las Carmelitas Teresa de San José, fundadas por Teresa Guasch y Toda, y las Carmelitas de San José. De todas estas Congregaciones y de sus obras de apostolado han brotado innumerables frutos de vida espiritual y religiosa que son gozo legítimo de la Iglesia en Cataluña y tributo de reconocimiento al espíritu de Santa Teresa.

DON ENRIQUE DE OSSÓ Y LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS

He aquí otra espléndida manifestación de la influencia de Santa Teresa de Jesús en Cataluña. El Venerable Sacerdote de Tortosa, don Enrique de Ossó es una figura de primera magnitud en el Clero secular español del siglo XIX. Su celo sacerdotal y sus actividades apostólicas fueron extraordinarios. Pero todo en él quedó envuelto y como penetrado por la devo-

ción y el amor a Santa Teresa de Jesús, cuyas obras empezó a conocer y meditar, puede decirse que desde niño.

Fundó la “Revista Teresiana”, que dirigió y escribió en su mayor parte durante 24 años seguidos, mes tras mes, y logró que alcanzase más de 2.000 suscriptores, cifra notabilísima entonces. Creó la Asociación de jóvenes católicos de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, elevada más tarde al rango de Archicofradía Teresiana, y de tal modo la propagó por Cataluña y por tado España que llegó a tener 130.000 asociadas, muchas de las cuales recibieron una formación excelente.

Pero su obra cumbre, a la que dedicó desde que la fundara en 1876 todas las restantes energías de su vida, fue la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Congregación Religiosa de mujeres dedicada al apostolado de la oración, la enseñanza y el sacrificio. Nacida en Tortosa se consolidó en Barcelona, donde pronto se estableció la Casa Madre, y se extendió rápidamente por toda España y diversos países de América. El teresianismo ardiente de don Enrique tuvo a partir de entonces un cauce tranquilo y sereno, que auguraba su continuidad y permanencia, el de las Religiosas Teresianas, que, formadas ellas en la doctrina y en el espíritu de Santa Teresa, formarían igualmente a las miles de alumnas que de ellas han recibido y siguen recibiendo educación humana y cristiana.

Nunca se agradecerá bastante a este Sacerdote catalán su colaboración insuperable al arraigo popular de la devoción a Santa Teresa en toda España. Las peregrinaciones que organizó a Ávila, a Alba de Tormes, los libros, folletos y artículos que escribió sobre doctrina y enseñanzas teresianas, particularmente el famoso “Cuarto de hora de oración”, en el que tantas personas han aprendido a orar y meditar; sus predicaciones incesantes, y sobre todo el estilo teresiano que logró comunicar a sus hijas las Religiosas de la Compañía, hacen que pueda ser llamado con toda justicia al paladín de Santa Teresa en el siglo XIX.

ESCRITORES CATALANES Y SANTA TERESA DE JESÚS. PALABRAS DEL DR. TORRAS Y BAGES

No es ni puede ser mi propósito en esta Carta Pastoral hacer una síntesis histórica del teresianismo en Cataluña a través de los escritores múltiples de diversos autores. Sólo he querido apuntar esos hechos más relevantes a que me he referido anteriormente, y que demuestran, según se complace en reconocer el P. Silverio de Santa Teresa, que ni en Castilla, ni en ninguna otra región de España, si se exceptúa la Institu-

ción Teresiana del P. Poveda, han surgido obras semejantes. Muy de atrás venía la estimación que en tierras catalanas se tenía al espíritu y la obra de Santa Teresa. En Barcelona se editaron los libros de la Santa en 1589, muy pocos meses después de la primera edición hecha por Fr. Luis de León en Salamanca. Aún se conserva algún ejemplar. Extraordinarias fueron también las fiestas religiosas y literarias que se celebraron en Barcelona en 1614, con motivo de la Beatificación de la Santa.

En los tiempos modernos, Balmes escribió sobre ella páginas luminosas. Verdaguer, Capellán algún tiempo de las Carmelitas Descalzas de Barcelona, se inspiraba en Santa Teresa y San Juan de la Cruz, para sus *Idilis y Cants Mistichs*, como afirma Milá y Fontanals. Pero es sobre todo el gran obispo de Vich, Torras y Bages, el que más certeramente trató el tema de la doctrina y el espíritu de Santa Teresa.

En 1914 escribió una Carta Pastoral titulada "Les Verges Contemplatives", con motivo del tercer centenario de la beatificación de la Santa. En ella habla del magisterio de Santa Teresa, de su obra de fundadora, de la vida de contemplación, y de agradecimiento por la vocación a la misma. Va dirigida a la Priora y Religiosas del Convento de Carmelitas de Vich. No me resisto a transcribir algunos de sus preciosos conceptos.

"...la Providència del Senyor, qui disposa sàviament i paternalment totes les coses, disposà que la meva entrada a la ciutat de Vic per a regir espiritualment aquesta estimada Diòcesi s'efectués en el dia de la festa de la Santa. Per això em considero posat baix la protecció de la meravellosa Dona que Déu Senyor nostre envià al món per a ensenyar els camins de la perfecció i de la santedat de la vida..."

...I és tanta l'excel·lència de la doctrina de Santa Teresa, que el seu nom és famós no sols entre la gent espiritual, que s'ha donat a viure segons les màximes de l'Evangeli en les ordres religioses, sinó que fins també entre els mundans qui no estan ensopits, en les sensualitats terrenals i conserven un esperit capaç d'interessar-se en la perfecció de l'ànima humana. Perquè ella era amant sobretot de la perfecció, s'enamorà de Déu, i en l'amor i en la contemplació d'Ell, veié obrir-se-li el cel i pogué contemplar les sublimitats de què és capaç la nostra ànima, posada en comunicació amb el Ser perfectíssim qui ens ha creat per a fer-nos semblants a Ell.

La perfecció espiritual és com la medulla de

la Iglésia: la Iglésia, com ensenya Sant Pau, és un cos organitzat, amb diferents membres, lligats pels corresponents tendrums, amb nervis que uneixen les parts del cos que té unitat de vida; però el centre vital, que distribueix la calor pels membres, és la perfecció evangèlica, que mai morirà en la Iglésia de Déu...

...Dins de la Iglésia de Déu, els mals, els vicis y el pecat serveixen per a promoure el bé, la virtut i la santedat, i aquesta llei de la Saviduria eterna la veiem resplendir en Santa Teresa. Visqué en un temps de grans escàndols públics, de pertorbacions, heretgies, cismes, de persecusions i sacrilegis, d'alçament de potestats mundanes contra l'autoritat divina de la Iglesia; però aquesta inundació de mals que negà tantes ànimes en les impures aigües de l'heretgia i del pecat, excità el noble esperit d'alguns fills de la Iglésia a seguir heroicament les petjades de Jesús i a pendre la seva creu per bandera en els combats de la vida...

...L'odi desperta l'amor en les ànimes nobles que no poden sofrir les injúries contra Aquell a qui estimen, i aleshores es complauen en augmentar-li els obsequis. Luter i els altres heresiàrques d'aquell temps, qui volien destruir la Iglésia de Jesucrist i de fet li robaren moltes ànimes, ocasionaren un incendi d'amor en Santa Teresa, i trobant ella que sola no bastava per a satisfer el deute d'amorós culte a Jesús que els homes li negaven abolint el sant sacrifici de la Missa, movent-se dels sagraments, perseguint la virginitat i declarant-la cosa dolenta, desitjà que s'augmentés el nombre de les ànimes amants de Jesús, consagrades al seu culte, dedicades a la seva contemplació; volgué portar-li multitud d'espirituals i santes esposes, qui s'identifiquessin amb Ell, i fecundat el gran cor de la Santa per aquest forts i amorosos sentiments, senti el desig d'ésser mare espiritual per a portar a l'amor de Jesús multitud d'ànimes qui es consagressin a la seva perpètua alabança i al seu servei...

...La vostra gloriosa Mare, amb la simplicitat i saviduria que ella acostuma, dóna la raó de la necessitat que hi ha en la Iglésia de la contemplació divina, per a la perfecció espiritual dels cristians. Dos coneixements són necessaris, segons Sant Agustí, per a assolir la perfecció de la vida: el coneixement de Déu i el coneixement de si mateix. Santa Teresa explica com no s'arriba al vertader coneixement de si mateix si no es té coneixement de Déu. "Mai, diu, ens acaben de

conèixer si no procurem conèixer a Déu: guaitant la seva grandesa veurem la nostra baixesa, i mirant la seva netedat veurem la nostra brutícia; considerant la seva humilitat veurem que ens falta molt per a ésser humils." En efecte, caríssimes filles, per a viure segons la regla de la santedat i de la perfecció, necessitem veure-la vivent, hem de tenir com un exemplar davant dels nostres ulls per a imitar-lo com un pintor per a fer una figura ha d'anar mirant una imatge viva que li serveixi com de guia. Contemplant la perfecció veiem la nostra imperfecció, veiem lo que ens falta per a ésser perfets i considerem lo que hem de fer per a arribar a ésser-ho. I Déu, Senyor nostre, el Ser perfectíssim, per a posar-se més a mida de la nostra insuficiència, envià al món a son Fill Unigènit a fer-se home, a fi que veient-lo, fins amb els ulls de la carn, tinguéssim més facilitat d'imitar la perfecció divina...

...La vanitat moderna, caríssimes filles, parla de la solidaritat humana, és a dir, d'aquell llaç de la naturalesa i de la gràcia que lliga als homes entre sí, i parlen pompàticament d'això com si fos un descobriment d'ara: la santa Mare Iglésia, seguint les ensenyances divines, sempre ha tingut com un dogma de fe aquesta comunicació espiritual entre els fills de Déu; i podem dir que tota la nostra religió es funda en aquest principi. Per això és que el vostre ministeri de contemplació divina i de perfecció evangèlica, no és en profit de vosaltres soles, sinó que també de tot el poble. I a l'escriure-us aquesta Carta, i a l'exhortar-vos a seguir les doctrines i els exemples de la Santa Mare ho faig no sols pel vostre progrés en la virtut per a sostenir en la convenient elevació la vostra vocació contemplativa, sinó que també pensant que així vosaltres ex-

citareu amb major fervor el generós Cor de Jesús, el vostre celestial Espòs, en favor dels nostres diocesans les ànimes dels quals el Senyor em té encomanades..." (Carta Pastoral del Rdo. JOSEP TORRAS I BAGES, *Les Verges contemplatives*. Vic, 20-X-1914.)

Y antes de ser Obispo, en el discurso que pronunció en Barcelona en 1882, con motivo del centenario de la muerte de Santa Teresa, su amor a la Santa alcanzó niveles de expresión como estos:

"...Su vida es una epopeya en que resplandece de una manera maravillosa el trino carácter de la divina semejanza, propio de todos aquellos que reproducen con expresión verdadera la imagen del Criador soberano, es decir, de los santos; pero esta epopeya de la vida de Teresa viene pintada, excepción tal vez única en la historia humana, con los vivos, pero suavísimos colores del idilio. En nadie la gracia divina es más graciosa ni parece tan natural, la grandeza tan tratable, la sabiduría tan comprensible y la bondad tan comunicativa; por lo cual en ella la gracia helénica debe ceder a la gracia castellana, como la gracia humana debe ceder a la divina. La grandeza i el poder de los políticos y de los guerreros es nada en comparación del de esta virgen inerme, que vence todos los obstáculos, allana todas las resistencias y se hace señora de numerosos enemigos, y las santidades más sublimes palidecen al lado de la santa Madre, cuyo corazón era volcán de amor divino, que con poderosas llamas (y ya sabéis, señores, que no es metáfora, sino verdad muy demostrada) llegó a abrir brecha por donde rebosar afuera..." (JOSEP TORRAS I BAGES, *Misión de Santa Teresa de Jesús como fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos*.)

SANTA TERESA Y EL HOMBRE MODERNO. SU "FILOSOFÍA" DE LA VIDA

Para terminar, sugiero unos puntos de meditación que me brotan de la pluma merced a una más intensa lectura, la que he hecho estos días de las obras de Santa Teresa. Valen, seguramente, para muchos espíritus fatigados — ¡tantos como hoy existen! — y sin embargo afanosos de encontrar la verdad.

Sólo nosotros, los hombres, tenemos a nuestra disposición armas poderosas. Nuestro entendimiento no vive prisionero de lo concreto y lo inmediato. Somos de algún modo independientes de las leyes biológicas. Tenemos conciencia de que somos seres libres. Nos

creamos nuevas necesidades y jamás estamos satisfechos. El mundo de la religión y de la ciencia ponen claramente de manifiesto nuestra limitación y a la vez nuestra carencia de límites. Podemos reflexionar sobre nuestro destino y somos los únicos seres vivos que tenemos clara conciencia de nuestra muerte. Vivimos en un mundo de valores. Por nuestra capacidad de pensar tenemos una tradición que nos permite aprender más, una técnica, una posibilidad de progreso. Poseemos la riqueza inmensa de poder reflexionar, autoconcernos, entrar dentro de nosotros mismos.

Vivimos la tremenda realidad de nuestra limitación y finitud, y de nuestros anhelos de absoluto, de progreso infinito, de plenitud total.

Para toda esta dura y exigente problemática, los cristianos tenemos respuesta, y no por tenerla es menos fuerte y dramática la vida. Todo lo contrario: la libertad, la responsabilidad, la lucha humana se agrandan en proporciones maravillosas, más dignas todavía que las preguntas que nos inquietan, porque nos abren a “lo que ni ojo vio, ni oído oyó”. Es decir, Dios, Dios siempre, el Dios inevitable en nuestro camino. Las “grandes experiencias” cristianas nos señalan la perspectiva real: Dios es Amor, Dios es Vida Trinitaria, Dios es palabra, Dios nos salva, Dios se ha hecho hombre y ha muerto por nosotros en la cruz. (Von Balthasar, “El problema de Dios en el hombre actual”, p. 233.)

Santa Teresa de Jesús no supo nada de filosofía, pero supo no ya de verdades, sino de la VERDAD. “En esta majestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades” (Vida, XL, 1). “Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad” (Vida, XL, 4). Poseía un lenguaje infinitamente superior y en cambio le faltaba “nuestra moneda”, la moneda de nuestro razonamiento filosófico que investiga la verdad. “¡Oh, válgame Dios, qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso no sujeto a los elementos, pues éste, con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar con quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender” (C. de P., XIX, 3). Nuestro mundo es un mundo lleno de sentido, en el que “todo depende del amor con que se hace” y “en el que no tiene precio la cosa más pequeña hecha que se hace, si va por amor de Dios” (Fundaciones, XII, 7), porque “el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen” (Moradas, 7.^a, IV, 15).

¿Qué es el hombre? ¿Qué somos realmente nosotros mismos? “Nuestra alma es como un castillo, todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos... no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleite? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros en-

tendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios; pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza... Basta decir su Majestad que es hecho a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. ¿No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quién somos? ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fue su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotros cuando no procuramos saber qué cosa somos... qué bienes puede haber en esta alma, o quién está dentro en esta alma, o el gran valor de ella pocas veces lo consideramos” (Moradas, I, puntos 1, 2). Un castillo con el que con él quiere expresarnos todo el sentido de nuestra vida, nuestra relación con Dios, el Absoluto, el Misterio.

No tiene ninguna vinculación, pero me viene al pensamiento la obra de Kafka: “El Castillo”. También él quiere expresarnos nuestra relación con el Absoluto. ¡Qué contraste! La obra pone de manifiesto el drama del “hombre” — todos los hombres — que busca siempre “vivir”, “habitar” en los pueblos y ciudades en las que está de más y no se cuenta con él. Terrible y sombría imagen, verdaderamente angustiada por la pérdida total de la esperanza del hombre que no encuentra acceso al Castillo. No hay posibilidad de comunicación. Todas las comunicaciones están rotas y desconectadas. Nunca llega la salvación, siempre es tarde.

Castillo, maneras de regar un huerto, matrimonio espiritual, el gusano de seda... metáforas y comparaciones — que como dice ella no puede excusar por ser mujer — en las que encuentran sentido la acción más pequeña, las exigencias del amor más fuerte, los impulsos y realizaciones más grandes y heroicas. Geniales intuiciones las de Teresa de Jesús, maravillosas explicaciones entre la cercanía y lejanía de Dios. ¡Qué sencilla y hondamente expresa esta gran mujer nuestro peregrinaje a la búsqueda de Dios!, porque somos eso, eternos peregrinos que vamos en Su busca. Podemos ver el Camino, conocer la Verdad y tener la Vida. Hay que vencer las etapas para llegar al término de nuestro viaje y “cuántos quedan al pie que pudieran llegar a la cumbre”, y dan “mucha lástima porque parecen como unas personas que tienen mucha sed y ven el agua de lejos, y cuando quieren ir allí hallan quien los defiende el paso al principio y medio y fin. Acaece que, cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer y quieren más morir de sed

que beber agua que tanto ha de costar... y por ventura estaba a dos pasos de la fuente de agua viva que dijo el Señor a la Samaritana que quien la bebiere no tendrá sed" (C. de P., XIX, 2).

Vida para Santa Teresa es este viaje de ascensión hacia la Verdad y el Amor donde todo tiene sentido y explicación. La incógnita, lo incierto, lo inseguro está en la actitud personal de cada uno, en la respuesta a la Palabra que nos ha sido dada. "Vida es vivir de tal manera que no se tema la muerte ni todos los sucesos de la vida" (Fundaciones, XXVII, 12). Ella habla constantemente de ese tremendo contraste y hasta misterio que es la vida humana: grandeza-debilidad. "Las cosas del alma siempre se han de considerar con amplitud, anchura, grandeza" (Moradas, 1.^a, I, 3). Nos repite constantemente que nuestro entendimiento no puede llegar a comprenderla. Pero también sabe perfectamente de nuestra miseria y baja-jeza, y no en plural, sino en la suya propia. "Somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra" (Vida, X, 6). "Vamos muy cargados de esta tierra de nuestra miseria" (Moradas, 3.^a, I, 9). "Muchas veces me veo, Dios mío, tan miserable que ando a buscar que se hizo de vuestra sierva" (Exclamaciones, XVII, 2). La misericordia de Dios templa nuestro sentimiento: "¿En quién, Señor, pueden así resplandecer vuestras misericordias como en mí?" (Vida, 4, 4). "Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias" (Vida, XIX, 15). "La misericordia de Dios me pone seguridad" (Vida, XXXVIII, 7). "Muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y esto tengo por gran misericordia de Dios" (Moradas, II, 2).

El humanismo de Santa Teresa está hecho de espíritu y realidad. Es preciso un ambiente de vida interior, de oración, de trato lleno de amor, amistad y confianza en el Señor, en el que podamos realizar nuestros actos, desarrollar nuestra vida, tan naturalmente como en la tierra se cargan sus frutos de sustancia. El problema fundamental es el conocimiento de Cristo y de nosotros mismos a la luz de Cristo y de su amor redentor y salvador. Todos buscamos la seguridad, la valoración comprensiva, la relación vital con todo. Estamos solos muchas veces y esto ha de ser fuente de riqueza, porque esta soledad nos pone de manifiesto nuestra apertura a Dios. En ella descubrimos nuestra religación a Dios. No estamos "arrojados" en este mundo, aunque muchas veces no entendemos el sentido de nuestro dolor, de nuestra amargura, de nuestro sufrimiento.

Teresa de Jesús vivió en un mundo en el que todos los pasos tenían un sentido: el de vivir en Cristo de San Pablo. En él se mueve amando y entregando

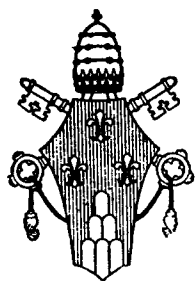
su vida por todos. Supo perfectamente que crecemos cuando vivimos en el amor y en la fidelidad al Señor, no en la voluntad de poder. La autenticidad de la vida tiene para ella unas bases muy claras y al alcance de todos: verdad, lealtad, honradez, amor verdadero. El trabajo, nuestro oficio y profesión propia nos unen a los demás, tiene el poder de reflejar la cualidad humana. "No hayáis miedo se pierda vuestro trabajo" (C. de P., XVIII, 3), y "Procurad tomar trabajo por quitarle al prójimo" (Moradas, III, 12). Es la mujer de acción, de acción puesta al servicio de su oración y de su seguimiento de Cristo. El mensaje de Teresa es un camino a Dios a través de todo lo humano que no separa la vida del espíritu de la vida real. Ella sabe del peligro de vivir sin estar presente verdaderamente en la vida. "Enseña con obras lo que por palabra por ventura no lo entenderá" (C. de P., VII, 7). "Si estáis aprovechadas se entienda en las obras" (C. de P., XV, 7). "Vosotras diciendo y haciendo, palabras y obras" (C. de P., XXXII, 8). "Este amor que tenemos ha de ser probado con obras" (Moradas, 3.^a, I, 7). Ella asumió su propia vida con toda su responsabilidad sin descargarla en nadie, siendo lo realmente humana para servirse de todos los medios que tenemos a nuestro alcance: consejo, orientaciones, relaciones humanas, pero cuidado "mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y humildad... y creer firmemente lo que tiene la Madre Santa Iglesia" (C. de P., XXI, 10).

La obra de Teresa de Jesús tiene todas las condiciones de un mensaje deliciosamente humano y divino. Es una fuerte llamada al descubrimiento de nuestra intimidad, de nuestra riqueza. Esta actitud, por esencia, por naturaleza exige la comunicación, la entrega de todos los bienes a los hermanos: "pide hacer grandes obras en servicio de Nuestro Señor y del prójimo y por esto huelga de perder aquel deleite y contento, que aunque es vida más activa que contemplativa cuando el alma está en este estado siempre están casi juntas Marta y María, porque en lo activo y superior obra lo interior y cuando las obras activas salen de esta raíz salen admirables y olorosas flores, porque proceden de este árbol de amor de Dios y por solo Él sin ningún interés propio" (Conceptos Amor de Dios, cap. VII, 3). "Parece que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver unas almas aprovechadas por medio suyo" (C. de A. de D.).

El hombre actual, tan torturado y empujado, a pesar de su grandeza, necesita más que nunca de una mano que le ayude a trabajar en esa búsqueda y a gozar del encuentro. Dios, otra vez y siempre.

Barcelona, 8 de septiembre de 1970.

† MARCELO, Arzobispo de Barcelona



ALOCUCION DE S.S. PAULO VI DESPUES DE LA SOLEMNE PROCLAMACION DE SANTA TERESA DE JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA

Hemos conferido, mejor dicho hemos reconocido el título de Doctor de la Iglesia a Santa Teresa de Jesús.

El solo hecho de pronunciar el nombre de esta Santa, singularísima y grandísima, en este lugar y en estas circunstancias levanta en nuestro ánimo un tumulto de pensamientos: el primero es el de evocar la figura de Teresa: la vemos aparecer ante nosotros como mujer excepcional, como religiosa que aún encubierta por la humildad, la penitencia y la sencillez, irradia en torno a sí la llama de su vitalidad humana y su vivacidad espiritual, y después como reformadora y fundadora de una histórica e insigne Orden religiosa y escritora genial y fecunda, maestra de vida espiritual, contemplativa incomparable e infatigablemente activa. ¡Qué grande, qué única, que humana, que atractiva es esta figura! Antes de hablar de otra cosa procuraremos hablar de ella, de esta Santa bajo tantos aspectos interesantísima. Pero no esperéis en este momento que os hablemos de la persona y de la obra de Teresa de Jesús; bastaría la doble bibliografía en el volumen preparado con tanto cuidado por la Sagrada Congregación para la causa de los Santos, para desanimar a quien quisiese resumir en breves palabras la imagen histórica y biográfica de esta Santa, que parece sobrepasar los límites descriptivos en que se pretendería contenerla. Por lo demás, no es sobre ella propiamente que queremos ahora fijar por un instante nuestra atención. Es sobre el acto que hemos verificado hace poco; sobre el hecho que imprimimos en la historia de la Iglesia y que confiamos a la piedad y reflexión del pueblo de Dios, sobre la otorgación, decíamos, del título doctoral a Teresa de Ávila, a Santa Teresa de Jesús, la gran Carmelita.

Y el significado de este acto es muy claro; un acto que intencionalmente quiere ser luminoso del que podría ser una imagen simbólica una lámpara encendida ante la humilde y majestuosa figura de la Santa; luminosa por el haz de rayos luminosos que la lámpara del título doctoral proyecta sobre ella; y luminoso por otro haz de rayos que este mismo título doctoral proyecta sobre nosotros.

Sobre ella, Teresa la luz del título pone en evi-

dencia indiscutibles valores que ya le eran ampliamente reconocidos: la santidad de la vida, ante todo, valor éste ya suficientemente proclamado, en 12 de marzo de 1622 — Teresa había muerto treinta años antes — por nuestro predecesor Gregorio XV, en la célebre canonización, que, con nuestra Carmelita inscribió en el catálogo de los Santos a Ignacio de Loyola, Francisco Javier y a Isidro Labrador y con ellos Felipe de Neri, florentino-romano este último; y pone en evidencia del mismo modo “la eminencia de la doctrina”, aunque en segundo lugar de modo principal (cf. Próspero Lambertino, después Papa Benedicto XIV, *De Servolum Dei beatificatione*, IV, 2, c. 11, n. 13).

La doctrina pues de Santa Teresa de Ávila resplandece con los carismas de la verdad, de la conformidad con la fe católica, de utilidad para la erudición de las almas, y también podemos particularmente notar el carisma de la sabiduría, que nos hace pensar en el aspecto más atractivo y al mismo tiempo más misterioso del doctorado de Santa Teresa, al influjo de la divina inspiración en esta prodigiosa y mística escritora. ¿De dónde le venía a Teresa el tesoro de su doctrina? Indudablemente de su inteligencia, de su formación cultural y espiritual, de sus lecturas, de las conversaciones con grandes maestros de teología y de espiritualidad, de su singular sensibilidad, de su habitual e intensa disciplina ascética, de su meditación contemplativa, en una palabra de su correspondencia a la gracia, acogida en el alma extraordinariamente rica y preparada en la práctica y experiencia de la oración. Pero ¿era solamente éste el manantial de su “eminente doctrina”? O ¿no se deben reconocer en Santa Teresa hechos, situaciones, estados, que no provienen de ella sino que son experimentados por ella, como sufridos y pasivos, místicos en el verdadero sentido de la palabra, hasta tener que atribuirlos a una acción extraordinaria del Espíritu Santo? Estamos indudablemente ante un alma en la que se manifiesta la iniciativa divina extraordinaria, situación percibida y descrita por Teresa con un lenguaje literario suyo propio sencillamente, fielmente, estupendamente.

Aquí las preguntas se multiplican. La originalidad

de la acción mística está entre los fenómenos psicológicos más delicados y más complejos, en los que pueden intervenir muchos factores, y obligar al observador a severas cautelas; pero en las que la maravilla del alma humana se manifiesta de modo sorprendente, y una entre todas más comprensiva: el amor que celebra en la profundidad del corazón su expresión más varia y más plena; amor que debemos llamar a su término desposorio, porque eso es el encuentro del Amor divino desbordante que baja al encuentro del amor humano que tiende a subir con todas sus fuerzas; es la unión con Dios más íntima y más fuerte que al alma viviente en esta tierra es dado experimentar y que se convierte en luz, se convierte en sabiduría; sabiduría de las cosas divinas, sabiduría de las cosas humanas.

Y es de estos secretos que nos habla la doctrina de Teresa; son los secretos de la oración. Su doctrina está aquí. Ella ha tenido el privilegio y el mérito de conocer estos secretos por medio de la experiencia, vivida en la santidad de una vida consagrada a la contemplación y simultáneamente impregnada en la acción, y de experiencia al mismo tiempo padecida y gozada en la fusión de extraordinarios carismas espirituales. Teresa ha tenido el arte de exponer estos mismos secretos hasta el punto de clasificarse entre los más eminentes maestros de la vida espiritual. No en vano la estatua que coloca como Fundadora, la figura de Teresa en esta basílica lleva la inscripción que tan bien define a la Santa: *Mater Spiritualium*.

Era ya admitida, se puede decir, por consenso unánime, esta prerrogativa de Santa Teresa, de ser madre, de ser maestra de las personas espirituales. Una madre llena de encantadora sencillez, una maestra llena de admirable profundidad. El sufragio de la tradición de los Santos, de los teólogos, de los fieles, de los estudiosos le estaba ya asegurado; lo hemos ahora convalidado haciendo de modo que ornada de este título magistral tenga una misión más autorizada a cumplir, en su familia religiosa, en la Iglesia orante y en el mundo, con su mensaje perenne y presente: el mensaje de la oración.

Es ésta la luz, hoy más viva y penetrante que el título de Doctor, otorgado a Santa Teresa reverbera sobre nosotros. ¡El mensaje de la oración! Viene a nosotros, hijos de la Iglesia, en una hora señalada por un gran esfuerzo de reforma y de renovación de la plegaria litúrgica; viene a nosotros tentados por el gran amor y empuje del mundo exterior de ceder a los afanes de la vida moderna y de perder los verdaderos tesoros de nuestra alma en la conquista de los seductores tesoros de la tierra. Viene a nosotros hi-

jos de nuestro tiempo, cuando se va perdiendo no sólo la costumbre del coloquio con Dios, sino hasta el sentido de que tenemos el deber de adorarle e invocarle. Viene a nosotros el mensaje de la oración, canto y música del espíritu embebido en la gracia y abierto a la comprensión de la fe, de la esperanza, de la caridad, mientras la exploración psicoanalítica descompone el frágil y complicado instrumento que somos nosotros no para traernos las voces de la humildad doliente y redimida, sino para escuchar el turbio murmullo del subconsciente animal y el grito de sus incontroladas pasiones y su angustia desesperada. Viene el mensaje sublime y sencillo de la oración de la sabia Teresa que nos exhorta a escuchar “el gran bien que hace Dios a un alma cuando se dispone a practicar con deseo la oración mental... porque la oración mental a mi parecer no es otra cosa que una manera amigable de tratar, en la cual nos encontramos muchas veces hablando, a solas con Aquel que sabemos que nos ama” (Vida, 8, 45).

En síntesis éste es el mensaje para nosotros de Santa Teresa de Jesús, Doctor de la Santa Iglesia: oigámoslo y hagámoslo nuestro.

Debemos añadir dos observaciones que nos parecen importantes.

En primer lugar hay que notar que Santa Teresa de Ávila es la primera mujer a quien la Iglesia confiere el título de Doctor, y esto no sin recordar las severas palabras de San Pablo: “*Mulieres in Ecclesiis taceant*” (I Cor. 14, 34), lo cual quiere decir, todavía hoy, que la mujer no está destinada a tener en la Iglesia funciones jerárquicas de magisterio y de ministerio. ¿Se habrá violado entonces el precepto apostólico?

Podemos responder con claridad: no. Realmente no se trata de un título que comporte funciones jerárquicas de magisterio, pero a la vez debemos señalar que este hecho no supone en ningún modo un menosprecio de la sublime misión de la mujer en el pueblo de Dios.

Al contrario, la mujer entrando a formar parte de la Iglesia con el Bautismo, participa del sacerdocio común de los fieles que la habilita y la obliga a “profesar ante los hombres la fe recibida de Dios mediante la Iglesia (Vat. II *Lumen Gentium*, C. 1, n. 11). Y en esa confesión de la fe muchas mujeres han llegado a las cimas más elevadas, hasta el punto de que su palabra y sus escritos han sido luz y guía de sus hermanos. Luz alimentada cada día con el contacto íntimo con Dios, aún en las formas más elevadas de la oración mística, para la cual San Francisco de Sales llega a decir que poseen una especial capacidad.

Luz hecha vida de manera sublime para el bien y el servicio de los hombres.

Por eso el Concilio ha querido reconocer la preciosa colaboración con la gracia divina que las mujeres están llamadas a ejercer, para instaurar el reino de Dios en la tierra, y al exaltar la grandeza de su misión, no duda en invitarla igualmente a ayudar “a que la humanidad no decaiga”, a “reconciliar los hombres con la vida”, a “salvar la paz del mundo” (Vat. II *Mensaje a las mujeres*).

En segundo lugar no queremos pasar por alto el hecho de que Santa Teresa era española, y con razón España la considera una de sus grandes glorias. En su personalidad se aprecian los rasgos de su patria: la fortaleza de espíritu, la profundidad de sentimientos, la sinceridad del alma, el amor a la Iglesia. Su figura se adentra en una época gloriosa de Santos y de maestros que marcan su siglo con el florecimiento de la espiritualidad. Los escucha con humildad de discípula, a la vez que sabe juzgarlos con la perspicacia de una gran maestra de vida espiritual, y como tal la consideran ellos.

Por otra parte, dentro y fuera de las fronteras patrias, se agitaban violentos los aires de la Reforma, enfrentando entre sí a los hijos de la Iglesia. Ella, por su amor a la verdad y por el trato íntimo con el Maestro, hubo de afrontar sinsabores e incomprensio-

nes de toda índole y no sabía como dar paz a su espíritu ante la rotura de la unidad: “Fatigueme mucho — escribe —, y como si yo pudiera algo o fuere algo lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal” (*Camino de perfección*, c. 1, n. 2, BAC, 185). Éste su sentir con la Iglesia, probado en el dolor que, viendo la dispersión de fuerzas, la llevó a reaccionar con toda la entereza de su espíritu castellano en un afán de edificar el reino de Dios; ella decidió penetrar en el mundo que la rodeaba con una visión reformadora para darle un sentido, una armonía, un alma cristiana.

A distancia de cinco siglos, Teresa de Ávila sigue marcando las huellas de su misión espiritual, de la nobleza de su corazón sediento de catolicidad, de su amor despojado de todo apego terreno para entregarse totalmente a la Iglesia; bien pudo decir antes de su último suspiro, como resumen de su vida: “En fin, soy hija de la Iglesia”.

En esta expresión, presagio y gusto ya de la gloria de los bienaventurados para Teresa de Jesús, queremos adivinar la herencia espiritual por ella legada a España entera. Debemos ver asimismo una llamada dirigida a todos a hacernos eco de su voz, convirtiéndola en lema de nuestra vida para poder repetir con ella ¡somos hijos de la Iglesia!

Con nuestra bendición apostólica.



LA GRAN SANTA DE LA CONTRARREFORMA

Una pseudo reforma y una Reforma verdadera; la falsa y funesta del Protestantismo, y la verdadera y auténtica, promovida y realizada por la Iglesia Católica, llenan gran parte del siglo XVI, y perduran hasta nuestros días.

Al pretender los corifeos del protestantismo reformar la Iglesia de Cristo, hicieron lo contrario de la gran consigna (más de una vez aducida en "CRISTIANDAD"), que para toda reforma verdadera de la Iglesia, había propuesto, con visión iluminada y con frase lapidaria, el insigne Egidio Canisio de Viterbo: "No son las cosas santas las que han de ser reformadas por los hombres; sino los hombres por las cosas santas".

No lo hicieron así aquellos corifeos; y de ahí procedió que, alzados en rebeldía contra la Iglesia romana, en vez de reformar la Iglesia de Cristo, la deformaron en sí mismos, en sus adeptos y en muchísimas almas; y causaron gravísimos daños a la Iglesia, pues por de pronto en varias regiones de Europa, y después en otros continentes, desgajaron y separaron de la única verdadera Iglesia de Cristo unas ramas, que hasta entonces habían vivido en el tronco secular de la Iglesia fundada por Cristo, dando hermosos frutos de vigorosa vitalidad cristiana.

En cambio, la verdadera Iglesia de Cristo, la que es una, santa, católica, apostólica y romana, emprendió resueltamente su propia reforma, en su Cabeza y en sus miembros; la realizó eficazmente bajo la inspiración y guía del Espíritu Santo; y manteniendo las cosas santas (verdades dogmáticas y normas morales de vida cristiana) en su primitivo ser y en su verdadero sentido, logró reformar a los hombres por las cosas santas, instituidas por Cristo y enseñadas y transmitidas por los Apóstoles.

Y como esta verdadera Reforma se hizo frente a la falsa del protestantismo, por eso se llamó y se sigue llamando "la Contrarreforma".

Grandes Santos fueron los principales artífices de ella, con rendida sumisión a la autoridad de los Romanos Pontífices, y siguiendo dócilmente la segurísima doctrina y las tan acertadas normas de Reforma del providencial Concilio de Trento. ¿Quién ignora que estos grandes Santos fueron, de un modo singularmente eficaz, San Ignacio de Loyola, San Pedro Ca-

nasio, San Carlos Borromeo y San Juan de Ávila?

Pero, a fin de que la Contrarreforma fuese totalmente obra de Santos, y llegasen sus saludables efectos más suave y fácilmente a toda clase de personas, quiso Jesucristo añadir a aquellos y a otros varones Santos, paladines de la restauración católica, una Santa; una mujer incomparable, de la que se ha dicho con toda razón que, después de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, ha sido la mujer más excelsa del género humano en todos los siglos: Santa Teresa de Jesús.

La enriqueció el Señor con tan egregios dones de naturaleza y gracia; la llevó por tan providenciales caminos; y la puso en circunstancias tan sumamente oportunas, que viniese a ser, bajo la inspiración del Espíritu Santo y la dirección de la Iglesia Jerárquica, la gran Santa de la Contrarreforma.

Lo fue ya en sus días; lo ha seguido siendo hasta los nuestros, por la extensísima y continuada difusión de sus inmortales escritos; y podemos esperar que lo será también ahora, por el doble motivo de su máxima autoridad, al haber sido proclamada Doctora de la Iglesia universal; y por la mayor y más urgente necesidad de que lo sea ahora, en las graves dificultades de nuestra época.

Sí; ahora, y tal vez más que nunca, nos hace falta que la Santa de Ávila ejerza en la Iglesia su misión de Santa de la Contrarreforma. ¿Por qué?

La razón es obvia. El protestantismo, aun dividido en tantas y tan diversas confesiones, sigue tenaz y proselitista su obra nefasta de falsa reforma. Son no pocos los que piensan que si Satán, en nuestros tiempos, hubiese tenido a mano un hombre de las innegables cualidades de Martín Lutero, a estas horas ya hubiese provocado una nueva escisión en la Iglesia, y todavía más perjudicial y funesta que la del siglo XVI.

Tal vez no ha encontrado Satán ese hombre; tal vez sí, y aun más de uno. Pero hay quienes se inclinan a creer, y quizás con más verosimilitud, que ahora Satán, aun teniendo su hombre o sus hombres que le pudiesen servir de instrumento para una nueva escisión en la Iglesia, como lo fueron Lutero, Calvino, Zwinglio y el Rey de Inglaterra Enrique VIII, ha preferido cambiar de plan y seguir otra táctica.

Pretende, sin duda, que la pseudo-reforma protestante continúe en nuestros días, y siga haciendo sus estragos en la Iglesia; pero no con el plan de una escisión visible y manifiesta. Ésta, por lo que se ve, no le interesa; prefiere que el espíritu y la mentalidad protestante, sus errores y desviaciones en el dogma y en la moral, se difundan más o menos subrepticamente dentro de la misma Iglesia Católica; y se inoculen, por decirlo así, en las mismas venas de Ella.

Para realizar este plan, ha adoptado la táctica de promover un sin fin de infiltraciones protestantes dentro del campo católico; a veces de un modo patente, con errores graves e inadmisibles; otras veces de una manera menos clara, y más peligrosamente engañosa, al ser oculta; pero siempre con la diabólica astucia de valerse de pretextos insidiosos, como son, entre otros, el de progresar en la ciencia teológica y en la interpretación más nueva y atrayente de la Sagrada Escritura; o el de una pretendida renovación posconciliar, que tantas veces se muestra del todo opuesta al espíritu y a la letra del Concilio Vaticano II.

¿No vemos todo esto, un día sí y otro también, en libros, revistas, folletos y prensa diaria; en discursos, convivencias, diálogos y conversaciones; y, lo que es peor, en homilías junto al Santo Altar, en la celebración Eucarística?

Es por lo tanto de todo punto necesario que vivamos en plan de verdadera y animosa Contrarreforma; es preciso oponer una firmísima adhesión a la Tradi-

ción Apostólica y al Magisterio de la Iglesia, contra las desvalorizaciones, pretericiones y aun negaciones de lo uno y lo otro; oponer también una rendida y filial obediencia a la autoridad de jurisdicción de la Iglesia Jerárquica, en contra de los que la desconocen prácticamente, o no la aceptan, o la desobedecen; y oponer finalmente la fe católica, la verdadera, la de veinte siglos, sobre el Sacrificio Eucarístico, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, no tan sólo en el Altar, al hacerse su celebración, sino también en los Sagrarios y en las Custodias; como también sobre los Sacramentos y los Sacramentales, las sagradas imágenes, y tantas otras cosas, enseñadas por los Santos Padres y los Concilio Ecuménicos; en contra de cuanto ahora se nos presenta, acerca de todo ello, como novedades aceptables y como cosas progresivamente renovadoras, según "los signos de los tiempos"; siendo así que no son sino infiltraciones protestantes.

Y ¡qué providencia tan admirable la de Jesucristo sobre su Santa Iglesia, al haber querido que en estas difíciles circunstancias, y cuando hace falta un guía segurísimo en esta Contrarreforma de nuestros días, haya sido proclamada Doctora de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, para que sea la gran Santa de la actual Contrarreforma, como lo fue en la de su tiempo.

Porque en realidad lo fue.

Tres breves síntesis de su vida, obra y escritos, nos lo harán ver claramente, en una triple visión de suma actualidad.

I. — EL ESPIRITU DE CONTRARREFORMA, MOVIL DE TODA LA VIDA Y OBRA DE SANTA TERESA

1.º) El testimonio de la misma Santa.

Ya en el Capítulo I de su obra "Camino de perfección", al cual puso por título "De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este Monasterio" (el de San José de Ávila, el primero de la Reforma Carmelitana), dice con palabras clarísimas y terminantes y con acento conmovido: "Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho; y como si yo pudiese algo o fuese algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Páreceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder; y como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que era toda mi ansia, y aun es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir

los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurase estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo".

Continúa en el mismo sentido el maravilloso pasaje, que es algo extenso, y se puede leer en el vol. de la BAC, Obras completas de Santa Teresa, 1962, páginas 185 y sgs.; y también en la magnífica Pastoral del Sr. Arzobispo de Barcelona, 8 de septiembre de 1970, sobre "Santa Teresa de Jesús, Madre y Maestra en la Iglesia de hoy", págs. 7 y 8.

En el mismo libro "Camino de perfección", cap. III, vuelve a insistir la Santa en idénticas ideas, con las que nos vuelve a revelar lo que tenía en su corazón, y era el móvil de su vida y de su obra. Dice así: "Tornando a lo principal para que el Señor nos juntó en esta Casa, y por lo que yo más deseo seamos algo para que contentemos a su Majestad, digo que viendo yo ya tan grandes males, que fuerzas humanas no

bastan a atajar este fuego de estos herejes, y que va tan adelante, hame parecido...” Pone aquí el símil de cuando en una guerra de ataque de enemigos, se recogen los defensores de la Patria en una ciudad, bien pertrechada; y allí, soldados y ciudadanos a una, resisten a los contrarios y aun los vencen. Y prosigue: “Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este Castillito que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios; y los Capitanes de este Castillo o Ciudad, los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos...” Y más adelante: “Procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios... Y cuando vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se empleen en esto que digo, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor”. ¿Puede darse revelación más clara del móvil de la Santa en su vida y en su obra?

2.º) El testimonio de la Iglesia.

a) Y, ante todo, el del Papa Pablo VI, en su homilía del 27 de septiembre, después de haber promovido Doctora de la Iglesia a Santa Teresa: “En los días de la Santa de Ávila, dentro y fuera de las fronteras patrias, se agitaban violentos los aires de la reforma, enfrentando entre sí a los hijos de la Iglesia. Teresa, por su amor a la verdad, y por el trato íntimo con el Maestro, hubo de afrontar sinsabores e incomprensiones de toda índole; y no sabía cómo dar paz a su espíritu ante la rotura de la unidad de la Iglesia”. Aduce aquí el Papa un fragmento del pasaje antes citado de la Santa, en el cap. I de su libro “Camino de perfección”, y prosigue: “Éste su sentir con la Iglesia, le llevó a reaccionar con toda la entereza de su espíritu castellano, en un afán de edificar el Reino de Dios. Ella decidió penetrar en el mundo que la rodeaba, y lo hizo con una visión contrarreformatora, para dar a ese mundo un sentido, una armonía, un alma cristiana”.

b) El de los Prelados de la Iglesia. Coincidiendo con el Sumo Pontífice, los Obispos católicos, especialmente los españoles, han puesto de relieve en sus homilias y Pastorales, ese mismo móvil de la vida y obra de la Santa.

Valga por todos el testimonio del Sr. Arzobispo de Barcelona, en la citada Pastoral: “El drama de la Europa desgarrada por el protestantismo, y las noticias que hasta ella llegaban de los sufrimientos del Cuerpo Místico de Cristo, escarnecido y lacerado, penetraron en su alma con reacción muy viva”. Y después de citar íntegro el pasaje de la Santa en el Cap. I del

“Camino de perfección”, añade hermosamente: “Esta página conmovedora, tantas veces citada y meditada, revela por sí misma las motivaciones internas de su decisión. Está escrita hacia 1565 o 1566, cuando se ha clausurado ya definitivamente el Concilio de Trento, y ha empezado la Reforma de la Iglesia. El único sonido que arrancan al limpio metal de su alma los acontecimientos de la época, tan densa y dramática, es éste: reforma interior, fidelidad al Evangelio, perfección monástica, servicio a la Iglesia, salvación de las almas. Es de suma importancia comprender esta dimensión de la vida y la obra de Santa Teresa de Jesús. Con ser tan excelsa, contemplada en sí misma, en cuanto tiene de fe y de amor, es decir de respuesta a una llamada del Espíritu, aún lo es más cuando se percibe esa existencia en conexión consciente, y querida por ella, con todo el misterio de la Iglesia Madre, tal como ésta aparecía en aquel momento histórico (págs. 7 y 9).

3.º) Otros testimonios de autores insignes.

Los podríamos traer aquí en gran número. Pondremos dos, muy significativos.

Dice F. Cayré, en su “Patrologie...”, l. IV, c. 8, Santa Teresa: “La misión providencial de Teresa parece haber sido la de reaccionar contra el seudo misticismo de los «Alumbrados» españoles, y contra aquel otro de los protestantes, que, en su tiempo, se extendía por toda Europa. Teresa llevó a cabo aquella misión, en primer lugar sirviéndose de una doctrina, que aunque se encuadraba en las líneas de la tradición, sumó a esta tradición algunas luces de extraordinario esplendor ;en tal manera que por ello pudo llamarse a Teresa la Doctora de la oración. La enseñanza de Teresa es verdaderamente, según expresión de la Iglesia, una doctrina celeste. Y así se explica la influencia que la Monja de Ávila ejerció en el campo místico, ascético y también pastoral, más que en el campo apologético. Teresa enseña, mejor que nadie, al sacerdote el arte de dirigir las almas por las vías más luminosas y más difíciles de la vida interior”.

Y el también insigne P. José Huby, S. I., en su afamada obra “Christus”, nos ha dejado esta página inmortal: “Latina y castellana hasta lo íntimo de su ser, tenía Santa Teresa una sensibilidad totalmente católica. Todo le agrada en la Iglesia. Ella, que goza casi a la continua de la visión intelectual de la Trinidad beatísima, tiene verdadera devoción por el agua bendita. Su incomparable libertad de espíritu se estrecha con la vida austerísima que en el Carmelo reformado se lleva. La más pequeña de las verdades católicas vale para ella más que la propia vida; y re-

nunciaría a todas las gracias tan sorprendentes que recibe, si contradijesen a la más mínima letra de la Escritura Sagrada. Las herejías, decía, me apenan con frecuencia; y cuando en ellas pienso, me parece que son la única desgracia digna de llorarse. En fin, Señor — decía contenta en su lecho de muerte —, muero hija de la Iglesia. Tal vez, en toda la Historia de la Iglesia, no se recuerde, después de San Ireneo, figura de más perfecto catolicismo que la de Teresa de Jesús. Lea

sus obras quien desee conocer el espíritu verdadero del Catolicismo. Y aún puede hacer otra cosa, ya que su familia no ha desaparecido; una conversación ante las rejas de un Monasterio del Carmelo, enseña, mejor que muchos libros alemanes, cuál es la esencia del Catolicismo”.

Ambos testimonios, tan bellos como elocuentes para probar nuestro aserto, los cita el Sr. Arzobispo de Barcelona en su Pastoral.

II. — EN DEFENSIVA ANTE EL ATAQUE

No tan sólo se enteró perfectamente Santa Teresa, del terrible ataque de los protestantes contra la Iglesia Católica, y de la nefasta escisión con que se habían separado de ella; sino que con la agudeza penetrante de su privilegiado ingenio, y más aún con la luz sobrenatural del Divino Espíritu, se dio cuenta de toda la importancia de aquel ataque, de toda la trascendencia de sus consecuencias.

Y, por de pronto, se puso ella, y puso a sus hijas y a cuantos leían sus escritos, en vigilante defensiva ante el ataque. Todas las armas espirituales le parecían pocas, y todas las esgrimía con valeroso esfuerzo para impedir que ni un hálito de las envenenadas doctrinas protestantes llegase a sus “Palomarcicos de la Virgen del Carmen”.

“Mirad, decía a sus hijas, que no son tiempo de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y humildad...; y creer firmemente lo que tiene la Santa Madre Iglesia” (Cam. de Perf., XXI, 10).

Aterrorizada Teresa al saber la funesta doctrina luterana de la fe sin obras, y aun de una fe que no era la virtud sobrenatural de la fe, tal como la enseña la Iglesia, sino una “fiducia” vana y sin fundamento; penetró con vista iluminada las terribles desviaciones y los desastrosos efectos que aquel error dogmático acarrearía a las almas; y se puso a defenderse a sí misma, como también a sus hijas y a sus lectores, que eran muchos dentro y fuera de España, afianzándose en una más firme convicción de que la fe sin obras es muerta, y de que la fe ha de obrar por la caridad, para ser viva.

Con el intento de exhortar a la vida de oración, dice: “Muchos millares de personas han caído en herejía, por no tener oración” (C. de P., XXI, 8).

Tenía su predilección por las iglesias y las imágenes. Y así le llegaba al alma el hecho de que “los herejes deshiciesen las iglesias (C. de P., III, 8); “Han perdido por su culpa la consolación de tener imáge-

nes” (C. de P., 34, 11); “Las imágenes despiertan el amor, y no hay que dejarlas; ayudan a rezar con devoción” (C. de P., 26, 9).

Para que estemos seguros de que el camino por donde vamos es el verdadero y el que rectamente y sin desvíos nos lleva a Dios, a la perfección, a la vida eterna, nos propone siempre la Santa Doctora el medio infalible de la obediencia a la Iglesia Jerárquica, o sea al Papa y a los Obispos en comunión con él. Y asimismo, como lo repite tantas veces la Santa, todo ataque de la “pravedad herética”, en frase enérgica de nuestros Padres de los Concilios de Toledo, no llegan a traspasar nuestras trincheras defensivas, y aun son victoriosamente rechazadas, si nos mantenemos firmes en la dócil obediencia a la Iglesia. “En la obediencia está la mayor perfección” (C. de P., 39, 3).

Aleccionada por la triste experiencia de los males que había causado, en aquel tiempo, a no pocas religiosas, la relajación en la guarda de la clausura, y la excesiva libertad en admitir conversaciones, aun de personas sospechosas, por el cual resquicio se habían metido en algunos conventos influencias perniciosas de alumbrados y luteranos; dispuso resueltamente una muy estrecha clausura en los Monasterios de su Reforma; y la mantuvo con vigorosa constancia, como trinchera y baluarte defensivo de todo ataque de error.

Mas todo esto no lo hacía la Santa con amargura y animosidad para con los luteranos, sino encendida en la más ardiente caridad en bien de ellos. Y por eso, en el hermoso Epílogo de su obra cumbre “Moradas del Castillo interior”, dice a sus hijas: “Os pido que, en mi nombre, cada vez que leyereis aquí, alabéis mucho a Su Majestad, y le pidáis el aumento de la Iglesia, y luz para los luteranos”; pero sin dejar nunca sus segurísimas posiciones; por eso termina: “Y en todo me sujeto a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana; que en esto vivo, y protesto, y prometo vivir y morir” (n. 4).

III. — EL CONTRATAQUE

Unas profundas palabras del esclarecidísimo Obispo de Vich, Dr. Torras y Bages, pensamos que serán el mejor comienzo de este tercer punto del artículo; pues además de venir muy a propósito para probar lo que aseveramos, infunden grandes ánimos, y abren el corazón a una fundada y sobrenatural esperanza, para cuantos hemos de vivir en la dura contrarreforma de nuestros días. Se sirve del iluminado texto el Sr. Arzobispo de Barcelona, en su Pastoral; y los ofrecemos aquí, traduciéndolo de la hermosa lengua catalana. Dice así:

“Dentro de la Iglesia de Dios, los males, los vicios y el pecado sirven para promover el bien, la virtud y la santidad; y esta ley de la Sabiduría eterna las vemos resplandecer en Santa Teresa. Vivió en un tiempo de grandes escándalos públicos, de perturbaciones, herejías y cismas, de persecuciones y sacrilegios, de alzamiento de potestades mundanas contra la autoridad divina de la Iglesia. Pero esta inundación de males que anegó a tantas almas en las impuras aguas de la herejía y del pecado, excitó el noble espíritu de algunos hijos de la Iglesia para seguir heroicamente las pisadas de Jesús y a tomar su Cruz como bandera en los combates de la vida.

“El odio despierta el amor en las almas nobles, que no pueden sufrir las injurias a Aquel a quien aman; y entonces se complacen en aumentarle los obsequios. Lutero y los otros heresiarcas de aquellos tiempos, que querían destruir la Iglesia de Jesucristo, y de hecho le robaron muchas almas, ocasionaron un incendio de amor en Santa Teresa; y reconociendo ella que sola no bastaba para satisfacer la deuda de amoroso culto a Jesús, que los hombres le negaban, aboliendo el Santo Sacrificio de la Misa, mofándose de los Sacramentos, persiguiendo la virginidad y declarándola como cosa absurda; deseó que se aumentase el número de las almas amantes de Jesús, consagradas a su culto, dedicadas a su contemplación; y quiso llevarle multitud de espirituales y santas esposas, que se identificasen con Él. Fecundado el gran corazón de la Santa por estos fuertes y amorosos sentimientos, sintió el deseo de ser Madre espiritual para llevar al amor de Jesús multitud de almas que se consagrasen a su perpetua alabanza y a su servicio” (Carta Pastoral, “Las Vírgenes Contemplativas”, dirigida a la Priora y Religiosas del Convento de Carmelitas de Vich, el año 1914, en el tercer centenario de la Beatificación de Santa Teresa). No podemos ir siguiendo el vuelo del águila de Vich; pero lo transcrito bastará para darnos cuenta de la verdad y altura de su pensamiento.

Es el mismo de la Santa, al sentir en lo íntimo de su excelsa alma el ataque protestante. No dudó en tener por cierto que el Señor la llamaba al contrataque.

Fue contrataque de ideas a ideas; de principios y consecuencias fundados en la más viva fe, contra principios y consecuencias que se basaban en el soberbio subjetivismo del “libre examen”. La gran fuerza de la humildad y del amor fue la que le impulsó al contrataque y le sostuvo en él. Como hija sumisa de la Iglesia, en vez de seguir su propio parecer, su opinión subjetiva, su modo de interpretar la palabra de Dios; enseñó y vivió lo que aprendía del Magisterio de la Iglesia, único intérprete autorizado de la revelación divina. Contra el “libre examen” y la rebeldía a Roma, la más rendida fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia, y la más perfecta obediencia a la autoridad del Vicario de Cristo en la tierra.

Ni tan sólo en este punto del “libre examen”, sino en todo. “Mis cristianos, hija, han de hacer ahora, más que nunca, al contrario de lo que ellos (los luteranos) hacen” (Cuentas de conciencia, 41). He aquí, en brevísimas palabras, la fórmula del contrataque.

Es que éste era del todo necesario; porque ante un ataque enemigo, y más aún en luchas ideológicas que en militares, no basta que quienes se ven atacados, se mantengan a la defensiva, y guarneciendo sus posiciones, resistan el porfiado embate de las fuerzas enemigas; les es preciso, además, salir de sus trincheras y emprender el contrataque, para poder así obtener la victoria completa.

Así lo entendió Santa Teresa, y así lo hizo.

Si de una parte consideramos las enseñanzas y definiciones dogmáticas del Concilio de Trento, y sus decretos sapientísimos para la verdadera Reforma de la Iglesia; y por otra parte ponemos los ojos en la vida, en la obra y en los escritos de Santa Teresa, veremos admirados que cuando enseñó y decretó el gran Concilio, lo enseñó y lo vivió Santa Teresa; enseñanza y vida que transmitió a sus hijas de la Reforma Carmelitana, y aun a toda la Cristiandad, que desde hace cuatro siglos se nutre con la celestial doctrina de Teresa; y lo hará más ahora, al verla aureolada con el título de Doctora de la Iglesia.

Asimismo, si recordamos con memoria entristecida los errores doctrinales y prácticos de los protestantes; y después repasamos con visión gozosa las enseñanzas y la vida de Santa Teresa, advertiremos claramente que según su consigna, ella enseñó e hizo siempre todo

lo contrario de ellos; vivió en un continuo contrataque, pues opuso su fe católica, verdadera e íntegra, a la fe falsa y desquiciada de las confesiones protestantes; opuso la verdadera vida espiritual, la de perfecto seguimiento de Cristo, conforme a la doctrina del Divino Maestro, enseñada por la Iglesia, a las desviaciones de la pseudorreforma, que de los errores doctrinales descendían a una vida espiritual distinta de la que Cristo enseñó con su palabra y sus ejemplos; de la que nos transmitieron los Apóstoles y nos expusieron los Santos Padres.

En la "Historia de la Iglesia", de Fernando Mouret, leemos esta afirmación espléndida: "Nadie, como Santa Teresa de Jesús, ha hablado nunca, con tanta profundidad y seguridad de doctrina, acerca de las maravillas de la vida divina en el cristiano, cuya existencia acaba de negar audazmente el Protestantismo" (Vol. II, pág. 694).

"Et lux in tenebris lucet" (In., 1, 5). Sí; en medio

de las tinieblas de las confusas doctrinas, tantas veces erróneas, de los pseudo reformadores protestantes, los cuales pugnaban frecuentemente entre sí mismos; doctrinas envueltas en las sombras y oscuridades que proceden de la inteligencia cegada por el orgullo; brilló la luz celestial de Santa Teresa; luz que más bien era la luz divina con que el Espíritu Santo la fue iluminando de continuo, porque Teresa la recibía por medio de la Iglesia; y así opuso la humildad a la soberbia, la obediencia a la rebeldía, la castidad a la impureza; el amor a la Iglesia y al Papa, al odio contra la Iglesia Católica y su Cabeza visible en la tierra.

Y la luz que entonces brilló en medio de aquellas tinieblas, seguirá brillando ahora en medio de las que nos envuelven. Su proclamación como Doctora de la Iglesia invitará a que muchos, más que antes, lean sus escritos y se llenen de su luz. Será desde ahora, todavía más que en otros tiempos, la gran Santa de nuestra actual Contrarreforma.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

IX REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

Los días 10, 11 y 12 de octubre los AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA tuvieron la IX reunión en Poblet (Tarragona) a la que acudieron representantes de las diversas regiones españolas y del extranjero: de Francia, M. Michel Creuzet; de Portugal, D. Antonio Da Cruz Rodríguez; de México, D. Federico Müggemburg.

El discurso inaugural lo pronunció D. Enrique Coch Beguer, alcalde de Vimbodí (Tarragona) al que siguieron las intervenciones de M. Michel Creuzet sobre *El Municipio y la doctrina de los cuerpos intermedios*, tema básico de la reunión, y D. Rafael Gamba sobre *La Ciudad como habitáculo humano*. D. José M.^a Font Rius expuso la formación de los Municipios medievales y la intervención del Estado en los mismos; D. Francisco Canals Vidal explicó el concepto de Estado en la actualidad como fruto de la concepción hegeliana; D. Juan Casañas habló sobre *El Municipio como continuidad temporal*.

El día 11 las intervenciones, excepto la de D. José M.^a Gil Moreno de Mora sobre el *Municipio como entramado de familias* y la de D. Francisco Puy Muñoz sobre *El Municipio y la organización jurídica*, que tuvieron

lugar en el local acostumbrado, se dieron en el salón de una escuela de Vimbodí en el que D. Enrique Coch Beguer, alcalde de dicha población, hizo ver lo que en la práctica da de sí un municipio bien regido, tanto en lo referente a la administración como a la cultura. En el mismo lugar hablaron M. Michel Creuzet, D. Antonio Da Cruz Rodríguez y D. Federico Müggemburg. Cerró el acto D. Francisco Elías de Tejada hablando sobre *El Municipio en la organización política*.

El día 12 D. Gabriel de Armas Medina clausuró el ciclo de conferencias con su intervención refiriéndose al *Compromiso temporal*.

Basta leer el programa para darse cuenta de lo interesantes que resultaron los fórums por el nombre y prestigio de quienes los dirigieron, catedráticos, abogados y notarios, señores José M.^a Font Rius, Francisco de Gomis Casas, Juan Vallet de Goytisoló, etc.

Los actos religiosos se celebraron en la iglesia del Monasterio de Poblet y el acto final en la ermita de la Virgen del Torrent, en el término municipal de Vimbodí. Una coral de Cambrils interpretó diversos cantos religiosos con exquisito primor.

* LA POTESTAD DE LAS TINIEBLAS

“Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas” (Lc. 22, 53). La vida, y sobre todo la pasión de Cristo, es el espejo donde podemos contemplar y entender tanto la vida individual del cristiano como la colectiva de la Iglesia, haciéndonos comprender la providencia de Dios Padre sobre todos y cada uno de nosotros, miembros de Cristo, cuyo destino es configurararnos con Él para participar de su gloria.

“Esta es vuestra hora”: la hora de los enemigos de Jesús, a quienes es entregado para que sacien su odio sobre Él. Y ese enemigo son, en concreto, las autoridades judías —de los setenta miembros del Sanhedrín, sólo dos simpatizaban con Jesús, no adhiriéndose a la sentencia de muerte contra él pronunciada, a saber, Nicodemo y José de Arimatea—. No era su enemigo el pueblo judío, que más bien simpatizaba con Él, aunque “en la hora de sus enemigos” se dejara también seducir y engañar por sus dirigentes para pedir a Pilatos su muerte.

“Y la potestad de las tinieblas”: hay un poder invisible que dirige e impulsa a los enemigos de Jesús: es el poder del príncipe de las tinieblas, principal actor antagonista de Cristo en la pasión redentora, como lo fuera también en el paraíso incitando al hombre al pecado original. Judas sólo marcha a entregar definitivamente a Jesús después que el demonio ha entrado en él (Juan 13, 27 y 28). Los apóstoles sólo abandonan y traicionan a Jesús después de haber sido entregados al poder de Satanás, que los pidiera al Padre para cribarlos como el trigo (Lc. 22, 31 ss.). Fue el diablo mismo quien introdujo en el corazón de Judas la idea de entregar a Jesús (Juan 13, 2).

Por ese poder invisible son también dirigidos e informados los enemigos de Jesús: los que de tal modo resisten a la Luz, que es Cristo, que llegan a concebir contra Él un odio gratuito, que no se satisface hasta darle muerte. De esos dice Jesús: “No creéis, porque no sois de mis ovejas” (Juan 10, 26): pertenecen, pues, al otro bando, al bando del demonio, por libre elección suya, porque “amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas” (Juan 3, 19): son la simiente de la serpiente, que lucha contra los hijos de Dios (Gén. 3, 15). Así lo afirma expresamente Jesús: “Vosotros tenéis por padre al diablo: y queréis ejecutar los deseos de vuestro padre, que desde el principio fue homicida, y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no está en él: cuando

habla mentira, habla lo que de él es propio, porque es mentiroso, y padre de la mentira” (Juan 8, 44).

Para Jesús, el mundo lo constituyen cuantos le odian a Él y a sus discípulos (Juan 15, 28-20; 16, 20; 17, 14). Pero ese mundo tiene un príncipe que lo rige, que gobierna y orienta toda su actividad: Satanás. Jesús mismo lo llama “Príncipe de este mundo” (Juan 12, 31; 16, 11; 14, 30) (cf. Efesios 6, 12 y Colos. 1, 13). Los enemigos de Jesús obran así guiados, orientados e impulsados por el poder de las tinieblas, por el poder diabólico, como hijos o simiente de la serpiente que siguen sus inspiraciones.

Es más, el demonio, aunque oculto e invisible, ocupa el primer plano en la pasión de Cristo, es el Adversario directo de Cristo: “Ya no hablaré muchas más cosas con vosotros: viene el Príncipe de este mundo, aunque en mí nada tiene donde asirse o por donde dominarme. Más para que conozca el mundo que amo al Padre, y que cumplo el mandato que el Padre me ha dado” (Juan 14, 30 y 31).

Por eso la Pasión se describe como triunfo del mismo Cristo contra el demonio: “Ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12, 31). “El Príncipe de este mundo ya está juzgado” (Juan 16, 11). Y como victoria de Cristo contra el mundo, simiente de Satanás: “Tened confianza: Yo vencí al mundo” (Juan 16, 33). De aquí que quien prescindiera de la acción diabólica o no crea en ella, jamás entenderá nada ni de la pasión de Cristo, ni de la pasión de las almas o de la Iglesia.

“La Hora.” Aparentemente viene provocada y determinada por la evolución y desarrollo natural de las causas segundas: la malicia creciente de los enemigos de Jesús instigada por la acción diabólica.

Pero el Evangelio nos advierte insistentemente que no es así. La hora de la pasión, del “poder de las tinieblas”, viene determinada por el Padre, y no sin el consentimiento de Jesús.

Por ello, hasta que esa hora no llega, el poder de las tinieblas no tiene poder sobre Jesús: “Mi tiempo no ha llegado todavía... mi tiempo aún no se ha cumplido” (Juan 7, 6, 8); “Buscaban prenderle, pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora” (Juan 7, 30; 7, 44-56); “Buscaban prenderle, pero Jesús se evadió de sus manos” (Juan 10, 39); “Y nadie le prendió, porque todavía no había llegado su hora” (Juan, 8, 20).

Como la duración del día natural la determina Dios, y no el demonio, así la duración de la vida de

* Capítulos I y II del libro *La Pasión de la Iglesia*, de Antonio Pacios, M. S. C.

Jesús: “Yo debo obrar las obras del que me envió mientras es de día: viene la noche, en la que nadie puede obrar; mas, mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo” (Juan 9,45). Y a los apóstoles que le dicen: “Los Judíos querían lapidarte, y ¿tú quieres volver allí de nuevo?”, Jesús les responde: “¿Es que no son doce las horas del día? Si uno caminare durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo: sólo si caminare de noche tropieza porque no hay luz en él” (Juan 11, 8-10).

De ahí que la hora de tinieblas se llame también la hora de Jesús, la hora de su redención, de su tránsito al Padre, hora escogida libremente por Él: “Sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que de Dios salió y a Dios va...” (Juan 13, 1-3; cf. Juan 7, 30; 7, 44-46; 8, 20: nadie le prende porque “todavía no había llegado su hora”).

(...)

La hora de la potestad de las tinieblas no escapa así a la Providencia divina, antes viene dispuesta por esta misma Providencia amorosa y redentora. En ella se unen en la prosecución de un mismo objetivo material — la pasión y muerte de Cristo — la acción de Dios y la acción de Satanás: de ahí la terrible suavidad con que procede, y la ineluctabilidad con que adviene. Pero el objetivo formal es completamente diferente: el demonio busca la aniquilación de Jesús y la destrucción de su obra redentora; el Padre, la glorificación de Jesús, y el triunfo de su obra de redención. Como siempre, son los planes de Dios los que se cumplen, no los de Satanás. “¿Por ventura no era necesario que Cristo padeciera todas estas cosas, y así entrara en su gloria?” (Lc. 24, 26), dice el mismo Jesús a los discípulos de Emmaús. Esto debe tenerlo bien presente el cristiano para avivar su fe y su confianza en la hora de tinieblas, ya sea ésta propia e individual, ya de la Iglesia colectiva. Cuando todo parecía a los apóstoles *perdido en la Pasión de Cristo, era cuando se gestaba la salvación del mundo y estaba inminente la glorificación personal del Señor; cuando el alma lo ve todo perdido es cuando más cerca está su total remedio; cuando la Iglesia parece ya como muerta y sepultada, más cercana está su resurrección, depurada de todas las imperfecciones con que el transcurso del tiempo la afeara.*

Característica de la hora de tinieblas: es la soledad, el abandono prácticamente total, por parte de los

hombres, y, aparentemente, hasta por parte de Dios. Como dice San Ignacio, la divinidad está “como si se ocultara”.

Respecto al abandono de los hombres, Jesús es bien explícito: “Todos os escandalizaréis de Mí en esta noche, porque está escrito (Zac. 13, 7): Heriré al Pastor (— y no se olvide que en la Profecía es el mismo Dios quien lo hiere —) y se dispersarán las ovejas” (Mt. 26, 31; Mc. 14, 27). Respecto al abandono aparente de Dios, basten las palabras de Jesús: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27, 46). Abandono aparente, experimental: la divinidad se esconde, pero no se ausenta, antes conforta a Cristo, que no está solo en su Pasión: “He aquí que llega la hora, y ya llegó, en que os disperséis cada uno de vosotros, y me dejéis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16, 32).

Sólo una creatura no le falló: María, su Madre, en pie junto a la Cruz, con el grupito que en torno suyo logró reagrupar tras la primera huida de todos; por eso es María la maravilla de las maravillas; por eso se conquistó el corazón del Padre, porque consoló a su Hijo, sustituyéndole, cuando el mismo Padre, para bien de la Redención nuestra, hubo de ocultar su acción y su protección.

El resultado de todo ese abandono es la pasividad total de Jesús, arrastrado por sus enemigos como tamo insignificante por el vendaval, que hacen en Él cuanto quieren y como quieren: la Virgen no lo evita — no era ésa su misión —, pero lo acompaña y lo conforta.

Y ésa es la impresión que siente el alma, que experimenta la Iglesia en la hora de tinieblas: defección de todos, y ser arrastrados como por el vendaval, en medio de las más inconcebibles traiciones. Pero ni al alma ni a la Iglesia le faltan en esa hora la asistencia oculta de Dios ni la presencia consoladora y experimental de la Virgen María, siempre accesible a cuantos la invocan, y que se presenta aun sin ser invocada porque nos ama como a su Hijo. Ella es la gran esperanza en la hora del poder de las tinieblas, el consuelo tangible que nunca faltará al alma ni a la Iglesia.

Y el resultado, es la gloria y triunfo de Cristo; como lo es siempre del alma que sabe esperar y mantener su fe, y lo es de la Iglesia, cuya asistencia por parte de Dios está garantizada por las promesas de Jesús.

LA HORA DE LAS TINIEBLAS EN LA IGLESIA

“Pues a aquellos de quienes Dios tuvo presciencia, los predestinó a hacerse conforme a la muerte de su Hijo” (Rom. 8, 29). “Coherederos somos de

Cristo, mas si con Él padecemos, para que con Él seamos glorificados” (Rom. 8, 17). “No es el discípulo más que el Maestro (Mt. 10, 24; Lc. 6, 40)... Si el

mundo os odia, sabed que primero me odió a Mí... no es el siervo mayor que su señor; si a Mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra" (Juan, 15, 18-20).

La vida individual de cada cristiano es como una copia de la vida de Jesús y su muerte de la de su muerte. Y lo mismo sucede con la colectividad de los cristianos, la Iglesia, que, como Cuerpo de Cristo, continúa visiblemente su vida, y manifiesta su acción.

Y como toda la vida de Cristo, según dice la *Imitación de Cristo*. "fue cruz y martirio", la vida del cristiano lleva el signo de la cruz, la de la Iglesia el signo de la persecución. Por eso Jesús dice: "Quien no lleva su cruz, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14, 27; cf. Mt. 10, 38; Mc. 8, 34). Lo que San Pablo afirma de sí mismo vale de todo cristiano, y aun de la Iglesia misma: "Cumpro en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo" (Colos. 1, 24); "Estoy crucificado con Cristo en la Cruz" (Gal. 2, 19). La economía divina de esa participación en la cruz de Cristo es la coparticipación en la gloria de su resurrección: "Alegraos al comunicar los sufrimientos de Cristo, para que os alegréis y exultéis en la revelación de su gloria" (1 Petr. 4, 13); "Estoy configurado con su muerte, para que pueda participar en su resurrección" (Filip. 3, 10-11; cf. Rom. 8, 29).

Esta economía amorosa divina hace que tanto el cristiano-individuo como la Iglesia en su conjunto sean objeto de un modo más o menos permanente, más o menos intenso, de las asechanzas del poder de las tinieblas, del Príncipe de este mundo — Satanás —, y del mundo, que es la simiente de la serpiente: lucha permanente de las tinieblas contra la luz. Esa actuación de las tinieblas tiene períodos especialmente álgidos, tanto en la vida individual como en la vida de la Iglesia; a veces casi llegan a agonías de muerte, como en la noche oscura por la que pasan los grandes místicos, y en las persecuciones y grandes crisis de la Iglesia universal.

La diferencia entre el individuo y la Iglesia, reside en que ésta tiene prometida la asistencia infaliblemente eficaz de Cristo — "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" — (Mt. 16, 18), mientras el individuo, aunque nunca carente de la asistencia divina, puede hacer fallar el resultado buscado por la providencia amorosamente paternal de Dios por el mal uso de su propia libertad. Si ésta procede rectamente, según sus posibilidades concretas, el resultado de cada tentación, persecución o crisis, es siempre una mayor depuración espiritual, una mayor configuración con Cristo, aunque lo que el poder y actuación diabólicas

buscaran, fuera precisamente la destrucción de esa conformidad incipiente.

Respecto a la Iglesia, aunque la suma de voluntades infieles puedan disminuir el resultado por Dios intentado, éste se logra sustancialmente siempre. Recordemos entre esas grandes crisis: las persecuciones de los primeros siglos, que llevan a la implantación del cristianismo en el Imperio romano; la crisis de fe arriana, que tras la larga confusión aboca a una precisación tal del dogma que hizo posible en unos tiempos en que la ignorancia iba en aumento, la asimilación de los pueblos paganos de Europa sin que la fe se pervirtiera por esa aportación masiva de infieles; el siglo de hierro del Pontificado, que aboca al esplendor y triunfo medieval de la Iglesia; la gran crisis del Cisma de Occidente, a la que seguirá la escisión protestante, pero también la verdadera reforma de la Iglesia en el Concilio de Trento, con la floración maravillosa de santos en ella y el ingreso a la fe de innumerables pueblos, que nunca la habían oído predicar.

Pero la configuración definitiva del cristiano se logra en su muerte, y la transformación de la Iglesia en reino universal e indiscutible de Cristo se logrará igualmente por su muerte y resurrección.

Y es que Cristo entró en su gloria por la pasión de su muerte; y no de otro modo puede suceder al cristiano ni a la Iglesia: "Vemos a Cristo, por la pasión de su muerte, coronado de gloria y de honor" (Hebr. 2, 7); lo mismo sucederá a cada cristiano, y aún a la Iglesia misma.

Al llegar la pasión de Cristo, todo se precipita, todo es maravillosamente rápido: todavía resonaban los hosannas del Domingo de Ramos, cuando, en una noche y un día — ¡qué poco comparado con toda la vida de Jesús! — se desarrolla todo el drama.

También la muerte del cristiano es algo rápido: marca el momento culminante del poder de las tinieblas, pues la muerte es consecuencia del pecado, inducido por el demonio, primer homicida (Juan 8, 44). Esa muerte connota el abandono de todo y de todos, como el de Cristo en la Cruz; y connota también la acción libre del poder de las tinieblas; pero el alma no está sola: tiene a su lado a la Virgen María, como Jesús en la Cruz, y la tiene experimentalmente — Jesús no exige nada a sus discípulos que no se exigiera a sí mismo: si Él tuvo el consuelo experimental de su Madre, éste no faltará tampoco a ningún discípulo suyo —; tiene también la asistencia oculta del Padre — como la tuvo Jesús (Juan 16,32) —, y la presencia de Jesús, que como cabeza suya lucha con él y por él: tiene así fuerzas suficientes y abundantes para, en

medio de las tinieblas, poder decir con confianza de fe plena: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (Lc. 23, 46): la fe le dice que cuanto más profunda es la tiniebla que le envuelve, más cerca está de la iluminación definitiva, del alborar del día eterno.

Jesús mismo compara esta vida al día; la muerte a la noche en que ya nadie puede obrar (Juan 9, 4-5; 11, 8-10): toda industria humana, y toda actividad natural es inútil en esa noche; sólo es eficaz la oscuridad de la fe, que se abandona totalmente al amor divino y a su misericordia, dejándose por completo en sus manos, como el niño se duerme en brazos de su Padre: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu". Pero esa noche es abreviada, y le sigue el día de los esplendores eternos en el seno de Dios a quien contempla.

No es en realidad crisis de muerte, sino crisis de nacimiento perfecto, definitivo, a la vida plena de hijo de Dios, partícipe ostensible y manifiesto de su misma vida y de su dicha. Jesús mismo lo dice: "La mujer, cuando da a luz, tiene tristeza, porque viene su hora; mas luego que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia, a causa del gozo, porque ha nacido un hombre para el mundo. Así vosotros ahora tenéis tristeza, mas de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y vuestro gozo nadie os lo arrebatará" (Juan 16, 21-22); como la angustia del parto alcanza su punto culminante en el parto mismo, en el momento del nacer, así la angustia del hombre alcanza su punto álgido en el momento del morir, del nacer a Dios; no es entonces tiempo de obrar, sino de dejarse hacer por Dios, de abandonarse totalmente a Él, de reposar en Él con filial confianza; sólo el que perdiere esa confianza y esa fe, y quisiere salvarse por sí mismo, nacerá irremisiblemente muerto, con lo que el Apocalipsis llama "muerte segunda", y el evangelio "muerte eterna".

También la Iglesia, al igual que el discípulo-individuo, está sujeta a esa muerte, que no es muerte, sino nacer; para que se imponga triunfante en todo el mundo, en todos los pueblos e individuos, sin dificultades ya por parte del poder de las tinieblas habiendo sido echado fuera el Príncipe de este mundo, ha de pasar por la pasión y muerte de Cristo. Los días de esa pasión y de esa muerte serán abreviados — nos dice el Evangelio —, como fueron abreviados los días de la pasión y muerte de Jesús; y renacerá la Iglesia sin arruga y sin mancha, quitados ya del mundo todos los males y todos los escándalos; y en esa hora no es tiempo para la Iglesia de obrar sino de sufrir pasivamente, y de confiar en Dios como lo hiciera en la pasión su divino Fundador, que en esa agonía la asis-

tirá para que no desfallezca, y en la que la acompañará la siempre inconcebiblemente amante y compasiva Virgen María, madre de la Iglesia.

Pensamos que en esa hora estamos entrando ahora, y que los sucesos se desarrollarán cada vez con más increíble rapidez, tras los hosannas del Vaticano II y las magníficas esperanzas, por desgracia de orden harto temporal, que a muchos hizo concebir como lo hiciera el Domingo de Ramos aún a los mismos apóstoles.

(...)

Aquí sólo insinuaremos tres consideraciones que hacen sumamente probable la presencia del momento que describimos: 1) Paulo VI ha llamado expresamente a la hora presente "hora de tinieblas", y si éstas, en muchos aspectos, como era inevitable, le han afectado y afectan incluso a él, su esfuerzo al enseñar se ha centrado casi totalmente en inculcarnos la fe como nunca se había hecho — en la hora de la pasión es la fe lo único de verdad eficaz.

2. Las crisis hasta ahora experimentadas por la Iglesia miraban a la consecución de éxitos y difusiones parciales. Ahora, todo el mundo unido por los medios de comunicación, y en mayoritaria parte incrédulo, ha llegado la hora de absorber todo ese mundo en el reino de Cristo; la hora del triunfo total parece presuponer la crisis total, la muerte a la que siga la resurrección, cual sucedió en Cristo, cuya vida y muerte reproduce la Iglesia.

3. Terminemos transcribiendo la "exposición histórica" del Misal Lefebvre, ed. 1954, con ocasión de la fiesta de la Trinidad — en un tiempo en que los síntomas de la presente crisis aún no eran perceptibles —: "Desde las fiestas de Pentecostés, en que la Iglesia nació, viene ésta reproduciendo, siglo tras siglo, la vida de Cristo, cuyo cuerpo místico es. Jesús, desde el día en que nació, se vio perseguido, y hubo de huir a Egipto, mientras se perpetraba la horrible matanza de los inocentes. También la Iglesia sufrió durante cuatro siglos recias persecuciones, teniéndose que ocultar en las Catacumbas o en el desierto. Jesús, adolescente, se retira a Nazaret, y allí pasa los años largos y floridos de su vida en el recogimiento y la oración. Y la Iglesia, desde Constantino, disfrutó de una era de paz; entonces surgieron por doquier catedrales y abadías en que resonaran día y noche las divinas alabanzas, y cuyos obispos, abades, sacerdotes y religiosos se oponen por el estudio y un celo infatigable al avance de la herejía y al violento empuje de la barbarie. Jesús, el divino misionero enviado por el Padre a las apartadas regiones de este planeta,

comienza a los treinta años su vida de apostolado; y la Iglesia, desde el siglo XVI, debe resistir a los embates del paganismo renaciente, y desparramar por todos los nuevos mundos entonces descubiertos la semilla del Evangelio de Cristo. De su fecundo seno saldrán sin cesar nuevas milicias y nutridas falanges de apóstoles y esforzados misioneros que anuncien la Buena Nueva al mundo entero. Por fin, Jesús termina su vida con el sacrificio del Gólgota, seguido muy pronto del triunfo de su resurrección; y la Iglesia, lo mismo que su divina Cabeza, se verá entonces vencida y clavada en la Cruz, aunque ella ganará la victoria decisiva. 'El Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo mismo que el Cuerpo humano, fue en un tiempo joven, aunque al fin del mundo tendrá una apariencia de caducidad'. (San Agustín)".

A esta descripción pudiera añadirse, por una parte, el aislamiento de la Iglesia medieval, paralelo al de Nazaret; por otra, el aislamiento cada vez mayor de la Iglesia a lo largo de la Edad Moderna, pese a todo el movimiento misional, paralelo a la soledad cada vez mayor de Jesús en su vida pública; el Concilio Vaticano II, con su intento de poner a la Iglesia en contacto con el mundo, se parece mucho a los esplendores efímeros del Domingo de Ramos.

Añadamos aún una consideración más: las profecías anuncian el reino de Cristo en todo el mundo; lo mismo confirman las revelaciones del Corazón de Jesús; el estrecho contacto mundial que implican los modernos medios de comunicación apuntan a que es llegada la hora de la implantación de ese Reino, por más que aparezca más lejano que nunca, dado el espíritu mundano que todo lo informa. Pero si "sin efusión de sangre no hay redención" (Hebr. 9, 22), esa asimilación del mundo entero para el amor y la fe de Cristo ha de ir precedida por una pasión tal de la Iglesia cual ni la tuvo antes ni la tendrá jamás después, puesto que el objeto actual de su obra redentora es el más amplio que pudiera concebirse. Es por lo mismo claro que ha llegado la hora de entrar bajo la potestad de las tinieblas, de copiar en la Iglesia la pasión y muerte de Cristo, para que así participe de la gloria y triunfo definitivo de su resurrección. Todo ello debe servirnos para prepararnos al martirio, pero también para mantener nuestro optimismo.

Para terminar, unas palabras acerca de los instrumentos humanos, simiente de la serpiente, que, regidos por Satanás, han de crucificar a la Iglesia como crucificaron a Cristo.

La tradición, al hacer al anticristo israelita — en concreto, lo más frecuente, de la tribu de Dan —,

muestra que los crucificadores de la Iglesia en esa gran pasión suya redentora han de ser los mismos que crucificaron a Cristo, a saber, las autoridades judías.

Esto parece indicar el mismo Cristo cuando dice a esas mismas autoridades judías que le rechazaban: "Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; mas cuando otro viniere en su propio nombre, a éste sí le recibiréis" (Juan 5, 43), donde nos parece bastante claro que contrapone su venida en nombre del Padre a la venida del Anticristo en nombre propio, sin delegación alguna del Padre, pero al que los judíos no vacilarán en recibir. Es la última consecuencia y como castigo de no haber recibido a Cristo. El Judaísmo será así el verdadero crucificador de la Iglesia, y el que, bien a pesar suyo, provocará con su persecución el triunfo y resurrección de Ella, así como la implantación del Reino de Cristo en todo el mundo.

Pero aquí son necesarias dos advertencias. La primera, que cuando hablamos aquí del judaísmo no nos referimos para nada al pueblo judío, en Palestina o en dispersión; sino sólo a quienes secretamente rigen esa sociedad, así como el conjunto del mundo, por el dinero, la prensa y el poder temporal. Éstos quizá no lleguen ni a trescientos, y su número tiende a reducirse cada vez más, hasta que se resuma en el solo Anticristo: y son malos y anticristos, no por ser judíos, sino por ser ricos y poderosos, y ya sabemos cuán difícil es según el evangelio la salvación de éstos. Esa riqueza y poder engendra el orgullo, el ansia de sentirse y ser dioses — panteísmo —, y consecuentemente el odio a cuanto signifique o recuerde a Dios. El pueblo judío — todos los judíos fuera de esos trescientos — nada tiene que ver en esto: son mera víctima del poder de los anticristos, instrumento con el que buscan y lograrán el imperio mundial del Anticristo.

La segunda es que, a diferencia del tiempo de Cristo, en que el pueblo bueno fue seducido por la minoría influyente enemiga de Cristo para pedir su muerte, en esa pasión final de la Iglesia está anunciada la conversión del pueblo judío; es decir, ese pueblo, aunque engañado hasta la implantación del reino del Anticristo, abrirá sus ojos cuando vea su actuación, y se convertirá a Cristo, sufriendo martirio codo a codo con la Iglesia, e incorporándose a ella; y por eso, en el triunfo de la resurrección, será tan importante la cooperación de ese pueblo que entonces verdaderamente la Iglesia estará formada de judíos y gentiles como de dos elementos de importancia análoga, unidos por la pasión de Cristo, por ellos participada.



LA CRISIS SACERDOTAL VISTA POR UN SEGLAR

¿Existe hoy una crisis sacerdotal? Así debe ser, porque constantemente estamos leyendo noticias sobre ella, puestas en circulación por los propios sacerdotes. Unas veces son artículos donde se leen sorprendentes afirmaciones; otras, sueltos periodísticos con información sobre el tema; otras en fin, entrevistas, preguntas y encuestas, que se multiplican en las revistas religiosas.

En uno, o quizás en más de uno de estos escritos, se encuentran asertos que dejan literalmente estupefacto al fiel creyente: "El sacerdote no tiene sitio en el mundo de hoy"... "No sabemos para qué nos hicimos sacerdotes"... La verdad es que no hemos leído jamás encuesta ni entrevista en que otros profesionales digan, por ejemplo "no sabemos para qué nos hicimos médicos" o "no sabemos para qué nos hicimos cate-dráticos".

La medida de esta crisis sacerdotal nos la da un artículo recientemente inserto en una prestigiosa revista eclesial, en el que con el título de *La oración de un cura* se pondera, con un lenguaje aparentemente piadoso y razonable, la profundidad de los barrancos de desorientación por donde ahora se despeñan, a lo que se ve, no pocos sacerdotes. Dice el cura orante que da gracias a Dios porque ya nadie le llama reverendo; porque no le saludan por las calles inclinando la cabeza ni los niños le besan la mano.

Todo esto le llena de alegría, porque no se considera por lo visto el pastor ni el padre de sus feligreses, ni siquiera el hermano mayor, según dice. Él no es más que "uno de tantos". ¿Conoce este cura cuál es su función sacerdotal? Su manera de hablar hace que lo dudemos, y así se puede explicar que muchos curas "no sepan cuál es su lugar en el mundo". La humildad es una virtud hermosa cuando uno se humilla por sí mismo; mas cuando se es el representante de otra persona, a quien se humilla es a ésta, y la humildad, que jamás tuvo por fin humillar a otro, deja de ser una virtud. ¿Qué ocurrirá cuando uno es representante de Dios? El cura orante y escribiente ignora o ha olvidado que la *reverencia* que tanto le molesta, no se la da en general por él mismo, sino por ser un sacerdote del Altísimo, a quien toda reverencia se debe.

Si el pueblo en general es, según frase del propio Jesucristo, un rebaño de ovejas y corderos, y el sacerdote es su pastor, este pastor no puede ser una oveja más: debe ser precisamente el *pastor* que ha recibido una misión especial del dueño del rebaño e incumpléndola falta a sus deberes. Al pueblo de Dios no le sirve para nada un sacerdote que sea *uno como los demás*. Necesita ver y buscar en él al padre, al consejero, al amigo. Hablando en términos modernos, al especialista en su disciplina, para recurrir a él en último tér-

mino en los casos difíciles, como recurre al médico o al abogado cuando peligran su salud o su derecho.

Sigue diciendo el cura autor de la desdichada *Oración*, que también da gracias a Dios porque tiene que trabajar, ya que en el mundo de hoy "hasta el cura ha de producir". Según esto, predicar el evangelio, impartir los sacramentos, administrar la caridad y guiar a las almas, no es *producir*. Por producir no se entiende, por lo visto, más que suministrar materiales a la vida material, hacer casas, montar automóviles o sembrar legumbres. Trabajar por la gloria de Dios y la salvación del prójimo no es "producir"... ¿Será perder el tiempo?

Se comprende muy bien que con semejantes ideas haya sacerdotes que no encuentren lugar en el mundo y que no sepan para qué se han hecho sacerdotes. Afortunadamente, estos curas son en realidad muy pocos, en comparación con la mayoría inmensa que saben muy bien cuál es su lugar en el mundo y procuran ocuparlo con dignidad; los primeros son muy pocos, pero parecen muchos porque escriben mucho; los verdaderos sacerdotes no tienen tiempo de escribir: se les pasa la vida *produciendo* para el reino de Dios, que es para lo que están.

Tenemos ante la vista los datos de una encuesta — que por su gran extensión e impersonalidad ofrece las mayores garantías — realizadas entre 50.000 seglares franceses, con referencia al problema sacerdotal. Las opiniones grandemente mayoritarias del pueblo católico francés seglar, coinciden asombrosamente con los puntos de vista que estamos exponiendo. Por ejemplo, entre 837 consultados, no hay más que 20 que desean ver en el sacerdote "un hombre como los demás". La mayoría inmensa de los fieles quieren que el sacerdote sea "un hombre de Dios", un testigo de Cristo y un apóstol de su evangelio. Sólo el 19 por ciento desean que los sacerdotes trabajen — *produzcan* — según nuestro articulista antes citado. Los demás o creen que no debe trabajar fuera de

su ministerio, o si lo hacen que sea en íntima relación con éste o bien en sus ratos buenamente libres y como pasatiempo. El 86 por ciento creen que el sacerdote debe estar libre de compromisos de orden político. El 67 por ciento son absolutamente opuestos a la renuncia al celibato, y el resto la condicionan. Creemos que estas cifras son significativas y los porcentajes reproducidos serían aún más elevados si la encuesta se hubiera celebrado en España.

En ciertas diócesis de Cataluña, se ha autorizado a seglares para repartir la comunión, debido, según explican las jerarquías, a la "escasez" de sacerdotes. Sin embargo, nuestro país, como todo el mundo sabe, es de los que están mejor provistos de clero en el planeta y muy malamente se puede hablar de *secasez* en este

aspecto. Ahora bien, si el sacerdote, en vez de administrar los sacramentos se dedica a *producir* cosas materiales, a escribir artículos hablando de una crisis que virtualmente no existe, o a actividades políticas que en la mayoría de los casos nada tienen que ver con su misión esencial, entonces sí que *faltan sacerdotes*.

Yo preguntaría con todo respeto a esos que no encuentran su lugar en el mundo, si han predicado el evangelio a toda criatura como les encareció Jesucristo, si han consolado a los enfermos y a los tristes de su circunscripción pastoral, si han reconciliado a procurado hacerlo a las familias mal avenidas; si han dado buenos consejos a jóvenes descarriados o les han orientado por el camino del bien; si han organizado de una manera eficaz y no sólo de palabra el amparo y protección de

los pobres; si han aconsejado a los inexpertos, guiado a los indecisos, iluminado a los confusos, fortalecido a los débiles, esperanzado a los desesperados con el nombre de Dios. Porque el mundo está lleno de seres destrozados que necesitan al padre y al consejero — y no al *hombre cualquiera* —. Si han hecho todas estas cosas y todavía les queda tiempo para trabajar manualmente como San Pablo, que lo hagan.

Pero si nada o muy poco de eso hacen o intentar hacer y como consecuencia, no encuentran su sitio en el mundo, entonces lo mejor es que busquen otra profesión. porque por triste que sea quedarse sin cura, es mejor que quedarse con un cura que ha perdido prácticamente la fe en Dios y en sí mismo, y por consiguiente nada nos tiene que decir.

CARLOS A. CALLEJO

LA CRISIS EN EL MUNDO DE HOY

Vivimos unos momentos de la historia de la humanidad sorprendentemente interesantes desde el punto de vista de la historia de la salvación.

Ante el panorama que presenta hoy el mundo podríamos quedar perplejos de no existir la promesa de Jesucristo de que: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia".

Hoy vemos que crece la inmoralidad pública a ritmos insospechados y las costumbres se paganizan y, a la entronización de la conciencia subjetiva como suprema norma de conducta, ha seguido inmediatamente la del mal frente al bien.

Tal vez hoy el mundo, el demonio y la carne se nos muestran con más fuerza que nunca, como tratando de ganar una misteriosa batalla; la batalla que cada hombre lleva en el interior de su alma, la salvación.

Pero esta batalla que siempre ha existido en cada uno de los hombres, hoy pasa del campo individual al campo social; hoy, podemos decirlo sin miedo a exagerar, se trata del

hundimiento o salvación de toda la sociedad.

¿Cuál puede ser la causa de los fenómenos de paganización social que observamos?

Es indudable que es la pérdida de la Fe por parte de los individuos y de la sociedad y, como consecuencia de ello, se ha perdido el sentido de "lo sobrenatural".

Es necesario retirarse de este ritmo vertiginoso de la vida para plantearse el problema de la salvación, pensar seriamente en la vida de Gracia, levantar el corazón a Dios y, humildemente, sentirse impotente ante la fuerza arrasadora del mal.

El hombre creado para contemplar a Dios, Supremo Bien, movido por su soberbia ha renegado de Él y ha pretendido llenar ese vacío fabricando ídolos a su medida y, al no conseguirlo, siente una angustia continua.

Nos encontramos ante una curiosa paradoja, el hombre se levanta contra Dios pensando "desalienarse" así de una pesada carga; sin embargo no le importa seguir ciegamente

el dictado de un "leader" a la moda: un Mao, un Marcuse...

Hoy se quitan las imágenes religiosas en señal de liberación de una tiranía supersticiosa pero las paredes se llenan de "posters", los automóviles de conejos, tréboles y herraduras.

En el discurso del 28 de julio pasado Paulo VI señala:

"La mentalidad moderna afirma que, proclamada la inutilidad de Dios, se vive mejor: se gana tiempo, se concentra la atención y la actividad sobre cosas cuya realidad se mide, se resuelven los problemas que parecen verdaderos e interesantes solamente, los económicos sobre todo, después los sociales, políticos y así sucesivamente, se rompen muchos vínculos considerados ya superfluos para el hombre adulto y progresivo, comerciales, supersticiosos, fastidiosos. Se podrían citar antiguas expresiones de los Salmos: Non est Deus. Ya no existe Dios."

Esta mentalidad moderna le obliga a vivir de manera que no tenga posibilidades de conocer al que le

creó; se le han cerrado las puertas naturales por las que puede llegar a conocer la existencia del Supremo Bien.

Ante este panorama angustioso, por el hecho de que el hombre, creado por Dios para su gloria y para la felicidad del hombre, se aparta de Él y se hace desgraciado, parece necesario recordar con insistencia que está al alcance de la razón humana el llegar al conocimiento de la existencia de Dios.

Antes de continuar conviene hacer una advertencia para delimitar el alcance de estas líneas.

Aunque se trata de exponer las razones de orden natural que tiene el hombre para demostrar la existencia de Dios, el conocimiento más perfecto de Él se da por la vía de la fe, que se apoya en la Autoridad de Dios, Revelador que no puede engañarse ni engañarnos.

Existen dos ciencias, Teodicea y Teología, que se encargan del estudio de Dios.

La Teodicea o Teología natural es una disciplina filosófica que estudia la ciencia de Dios a la luz natural de la razón.

¿Cuál es el objeto de la Teodicea? Demostrar la existencia de Dios, la Naturaleza de Dios (sus atributos), su relación con el mundo (la Creación).

La Teología sobrenatural es la ciencia de Dios obtenida a la luz de la Revelación. ¿Qué nos da a conocer? La existencia en Dios de tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; nos enseña que Cristo nos ha sido dado para convertirnos en hijos de Dios.

En el Teodicea el espíritu se adhiere a los objetos que alcanza a causa de su verdad intrínseca, percibida por la luz natural de la razón.

En Teología Sobrenatural, el espíritu se funda en la fe divina y católica que provoca el asentimiento a causa de la autoridad de Dios que Revela y no puede engañarse ni engañarnos.

Ahora bien, se nos ocurre preguntarnos: si por la razón el hombre llega al conocimiento de la existen-

cia de Dios, ¿a qué viene la revelación sobre este aspecto?

El Concilio Vaticano I afirmó: "A esta divina Revelación hay ciertamente que atribuir que aquello que en las cosas divinas no es de suyo inaccesible a la razón humana, pueda ser conocido por todos, aún en la condición presente del género humano, de modo fácil, con firme certeza y sin mezcla de error alguno".

La misión de la razón es doble: por una parte, explica que la idea de Dios según la Revelación está de acuerdo con la naturaleza, y por otra, es un medio puesto por Dios para confirmar lo conocido por Revelación y para que se predisponga el que no la conozca.

Por razón llegamos a conocer la existencia de Dios. Éste es el grito que lanzó el Concilio Vaticano I contra el racionalismo.

En efecto, este Concilio afirmó: "La misma Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, partiendo de las cosas creadas".

Santo Tomás en la Summa propone: "La existencia de Dios se puede demostrar por cinco vías" (S. Th. 1, p.2 a.3).

Antes de mostrar el método seguido por Santo Tomás vamos a proponer una dificultad que los enemigos acérrimos de su doctrina, que es la de la Iglesia, suelen presentar. Dice: si una de las vías mostrara claramente a nuestra razón la existencia de Dios, ¿a qué viene el proponer cinco?, y concluyen diciendo que ninguna de ellas demuestra.

Para Santo Tomás todas y cada una de las cinco vías son demostrativas y si no (por qué el tratado de Dios Uno y en el de Dios Creador hace uso indistintamente de una u otra vía?

Además no es posible encontrar un argumento metafísico que sea distinto de las cinco propuestas por Santo Tomás.

Distingue, ordena y denomina sus cinco vías según dos distintos puntos

de partida. Tres de las vías son dinámicas y dos estáticas.

Las cinco vías de Santo Tomás son:

1. Motor que mueve pero no movido por nada.
2. Causa eficiente.
3. Ser necesario.
4. Perfección absoluta.
5. Ordenador del mundo.

En todas las vías hay:

Un punto de partida: consignación de un hecho de experiencia.

Primer grado de la vía: este hecho es algo necesariamente causado.

Segundo grado de la vía: en una subordinación "per se" de causas es preciso llegar a una primera.

Término final de la vía: esa causa primera es Dios.

Como muestra vamos a recordar la primera vía: Motor que mueve pero no movido por nada.

Punto de partida. — La experiencia nos dice que los seres que nos rodean se mueven.

El movimiento es el paso, transformación o cambio de un lugar a otro, de un estado a otro o de una perfección a otra.

El movimiento puede ser: substancial, cuando implica un cambio de substancia; es lo que ocurre al arder un papel. Antes de la combustión era papel, después es ceniza. Accidental, que puede ser a su vez cualitativo, cuantitativo o de lugar.

En todo movimiento hay algo que varía, algo que permanece y una causa exterior que lo produce.

En el cambio substancial permanece la materia prima y varía la forma substancial pasando de ser papel a ser ceniza, y la causa que lo produce es el fuego.

Primer grado de la vía. — El ser que se mueve no puede tener en sí mismo la causa de su movimiento.

Todo lo que se mueve es movido por otro, ya que si tuviera en sí mismo la razón de su movimiento, podría tener los dos estados simultáneamente, y sería y no sería al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista, lo cual va contra el principio de contradicción.

Segundo grado de la vía. — Por

un encadenamiento de motores hemos de llegar a uno que no es movido por nada y que es, a su vez, motor de todos los demás.

Conclusión. — Este primer motor es Dios.

Es consolador el ver cómo no hay, ni puede haber, oposición entre la Fe y la razón; y cómo ésta, empleada en buen orden, nos lleva hacia nuestro Creador y que es necesario retorcerla para apartarse de Él.

Paulo VI en el ya citado discurso del 28 de julio lo incisa diciendo:

“Nos interesamos ahora en las tentaciones más graves y más profundas a propósito del nombre de Dios. Otra vez, escogiendo entre estas tentaciones considerábamos la primera: la que afirma que es imposible conocer a Dios. Ahora escuchamos otra, de apariencia más vanal, pero no menos profunda y formidable, que dice: es inútil ocuparse de Dios...”

Y concluye el discurso:

“¿Qué cosa gana el hombre si aunque gane el mundo entero, des-

pués pierde su alma? Y ¿cómo puede salvar el hombre su alma? He aquí cómo la tentación sobre la inutilidad de Dios revela el engaño.

¿La grande, la suprema cuestión de nuestra salvación cómo la resolvemos olvidando lo que es la fe, en Dios, en Cristo, en el Espíritu Santo?

Esta indispensable ventaja, esta única verdadera utilidad sólo puede venir de Dios, que dice: «Yo soy tu salvación».”

IGNACIO AZCOAGA

SUMARIO

Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia. Pastoral del Arzobispo de Barcelona.

Alocución de S. S. Paulo VI después de la solemne proclamación de Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia.

La gran Santa de la contrarreforma, por Roberto Cayuela, S. I.

IX Reunión de amigos de la CIUDAD CATÓLICA.

La potestad de las tinieblas. — La hora de las tinieblas en la Iglesia, de Antonio Pacios, M. S. C.

La crisis sacerdotal vista por un seglar, por Carlos A. Callejo.

La fe en el mundo de hoy, por Ignacio Azcoaga.

“Dice el Espíritu Santo, y dice bien”, por Luis Creus Vidal.

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 21, en relación con el artículo 24, de la vigente Ley de Prensa e Imprenta, publicamos a continuación los nombres y apellidos del personal de la revista

CRISTIANDAD fundada en 1944

PROPIETARIO: Publicaciones Schola, S. A.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN:

Presidente: José M.^a Serra Goday.

Vocales: Manuel de Arquer Cladellas; José M.^a Petit Sullá; Fernando Serrano Misas.

Secretario: María Asunción López Suñé.

Director: Fernando Serrano Misas.

Colaboradores: José M.^a Alsina Roca; Santiago Arellano; Florencio Arnán Lombarte; Manuel de Arquer Cladellas; Carlos A. Callejo; Francisco Canals Vidal; Juan Casañas Balcells; Roberto Cayuela, S. I.; Luis Creus Vidal; Manuel M. Doménech Izquierdo; V. Feliu, S. I.; José L. González Aullón; Eustaquio Guerrero, S. I.; M.^a Asunción López Suñé; José M.^a Martínez Marí; Carlos Mas de Xaxars Gassó; José M.^a Mundet Gifré; Pedro M.^a Ochoa Rodrigo; José M.^a Severiano del Páramo, S. I.; José M.^a Petit Sullá; Francisco Salvá Miquel; Ignacio M.^a Serra Goday; Fernando Serrano Misas; Joaquín Tapies, S. I.; Antonio Udina Martorell, S. I.; José Manuel Zubicoa Bayón.

Redacción: Lauria, 15, 3.º.

Administración: Princesa, 21.

Imprenta: Ariel, S. A., Av. J. Antonio, 134-138. Esplugues de Llobregat (Barcelona).

Precio de suscripción: 300 pesetas al año.

«DICE EL ESPIRITU SANTO, Y DICE BIEN»

Es bien conocida esta introducción que daba a sus sermones cierto predicador, tan famoso como fatuo, y que hizo época.

¿Nos excusará el lector si le confesamos que nos ha venido en seguida a la memoria, al leer el título, en "Religión y Tiempo", de las recientes declaraciones del teólogo francés Yves Congar — publicadas en fecha martes 22-IX-70 — en "exclusiva" para "La Vanguardia"? Rezan así: "*Paulo VI aplica el Concilio y lo aplica bien, pero hoy los problemas son diversos*".

No vamos a extendernos, ni tenemos espacio, ni menos preparación para ello, en comentar tales extensas declaraciones. Digamos tan solo que, en "La Vanguardia", en su página "Religión y Tiempo", son tan frecuentes las novedades y maravillas teológicas que nos llegan, que apenas nos dejan "tiempo" para el resuello.

Aquí no ha podido menos que admirarnos que teólogo con tantas horas de vuelo como Congar, manifieste su admiración — adrede nos repetimos — por el reciente Congreso de Bruselas, casi casi para él, por lo que se ve, una especie de camino de Damasco. "En nuestro grupo he hallado cosas extraordinariamente interesantes, he escuchado cosas maravillosas", exclama. Realmente, no podemos quejarnos de nuestra época. Cada jornada nos depara una nueva cosa sensacional.

No se trata aquí de criticar — sería pedantería para nosotros el hacerlo —, "a priori" el citado Congreso de Bruselas, que no hemos podido conocer suficientemente. Mas si, como antes decimos, extrañarnos que un teólogo tan representativo en una Francia con un legado y una tradición doctoral tan ricos y enormes, haya necesitado — según él afirma — llegar a sus 66 años para recibir la luz de este Congreso: "Uno de los resultados esenciales del Congreso ha sido tomar conciencia colectiva en este campo", dice, refiriéndose a una de las cuestiones planteadas. A

mis 66 años veo que el fundamento de mis convicciones y de mis contemporáneos data de antes de la guerra de 1939. Lo esencial de mi pensamiento ya estaba formado en aquella época. El Concilio trató de asumir y de dar respuesta a una situación que hoy día en el posconcilio ha cambiado mucho. El drama de Paulo VI es que aplica el Concilio, y lo aplica bien, pero hoy los problemas son diversos...".

Pero ciñéndonos ahora al titular de las declaraciones que nos ocupa — y sin extendernos a todo su resto, que daría ocasión a muy abundantísimos comentarios y reflexiones —, queremos aquí remarcar como, este solo citado titular, ya es de sí suficientemente expresivo para poner de relieve la actual desorientación existente en las ideas más básicas, desorientación que aflige hasta mentes de la altura de la de Yves Congar. Y en lo más elemental.

Yves Congar incurre, sin querer, y con él todo el mundo, en el error más grosero. Y más general.

Imbuidos hasta la médula como estamos todos de principios democráticos — que venimos "descubriendo" día sí y otro también desde la Revolución francesa —, ya no nos chosa esto que dice Congar, y que dicen por desgracia, el 99 %, no sólo de católicos, sino de teólogos. ¿Qué dice Congar? ¿Y qué decimos todos, sin ya darnos cuenta, casi sin querer?

Pues decimos, como la cosa más natural del mundo: "El Papa aplica el Concilio".

Y aquí está el craso error.

Imbuidos de la mentalidad democrática, todos, sin querer, hemos llegado a atribuir al Concilio lo que, en términos de derecho político llamaríamos el "Poder legislativo". Y luego atribuimos al Papa el "Poder ejecutivo".

Y quedamos tan contentos. E incluso lo dicen muchos — nosotros mismos hemos de cantar el "mea culpa" — nada sospechosos de falta de amor y reverencia al Papa.

Al Concilio — especie de Cámara de Representantes — el dar las Leyes y la Teología. Al Papa — especie de Presidente — la función de "aplicarlas".

Por esto se llega a suspirar, en el tiempo, con una especie de elecciones generales mundiales, con convenciones y todo, primero para sus Representantes, luego para el mismo Papa en persona. Y, si hace falta, partidos políticos universales, con paseo de "misses" propagandísticas, y de "elefantes" y de "asnos" simbólicos...

¡Alabado sea Dios, a dónde hemos llegado!

Ni el Concilio — cuando menos los Congresos — son una Cámara, ni menos el Papa un Presidente.

El Papa, ciertamente "aplica" el Concilio, pero lo hace cuándo y cómo quiere e interpretándolo con su autoridad. Y, para dar Leyes u Orientaciones a la Iglesia, puede hacerlo, y lo hace, por propia autoridad, cuándo y cómo procede, con o sin Concilio. El Papa posee plenamente Poder legislativo y ejecutivo, por así decir.

"Sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia". "Confirma a tus hermanos" le dijo Jesús a Pedro.

En modo alguno los hermanos de Pedro "somos tanto como Vos, y juntos más que Vos" como pudiera decir una Cámara a su Presidente. Aun y juntos, aun y siendo como él en el orden sacerdotal, necesitan su confirmación en el orden jurisdiccional y pastoral.

Todo esto era, hasta ha poco, de dominio general y doctrina de senecio catecismo. Hoy lo hemos olvidado todos, comenzando por los teólogos de mayor altura, en este ambiente de mundial improvisación y pedantería.

Y todos, sin querer — nosotros los primeros — de ser frailes predicadores, si Dios no lo remediase, pronto comenzaríamos nuestras homilias por un sonoro y convencido: "Dice el Espíritu Santo, y dice bien..."

LUIS CREUS VIDAL